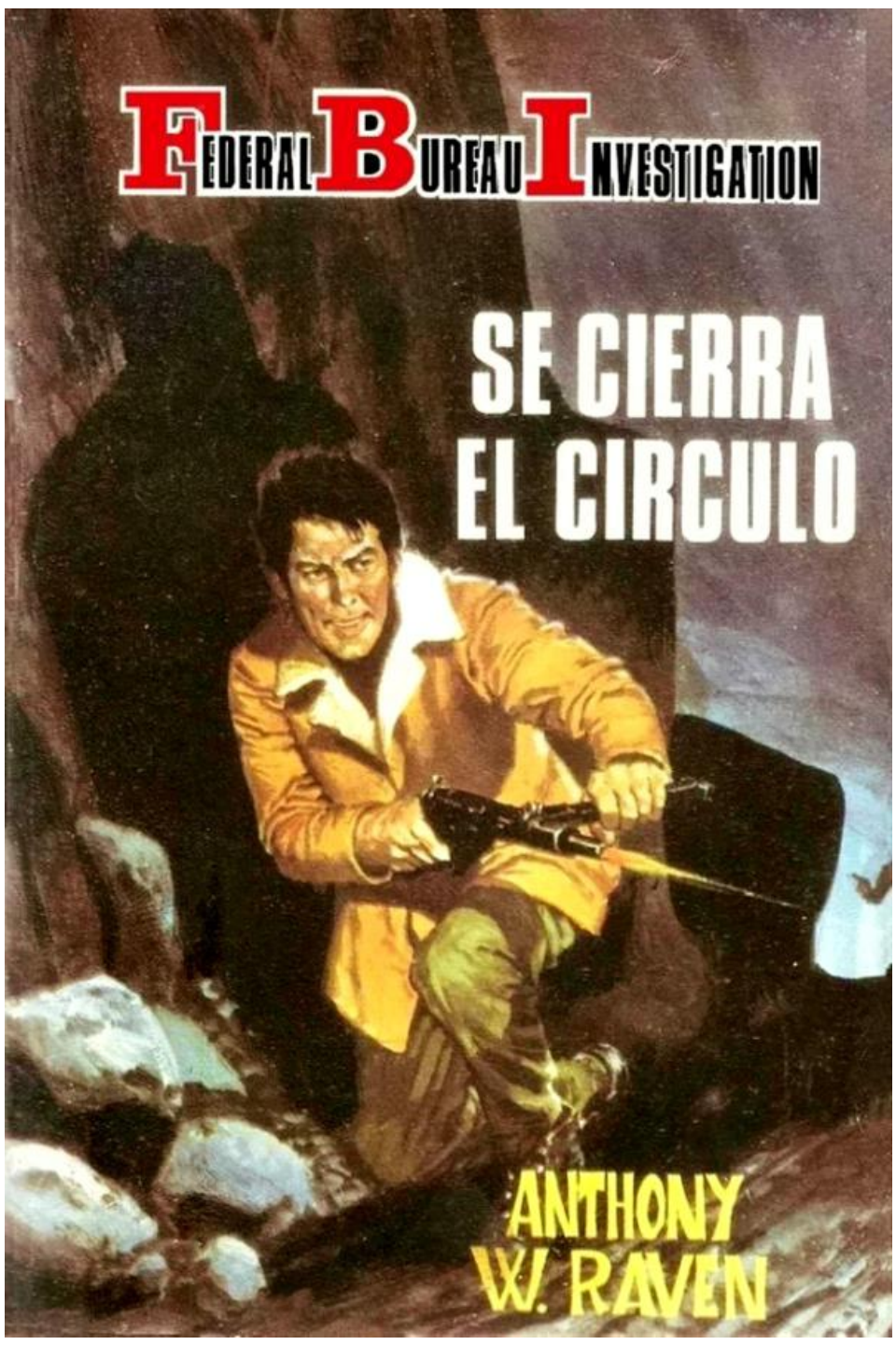


The background of the cover is a dramatic illustration of a man in a light-colored trench coat with a fur collar, holding a handgun. He is in a dark, rocky environment, possibly a cave or a mine, with a large shadow cast behind him. The lighting is dramatic, highlighting the man's face and the texture of his coat.

FEDERAL **B**UREAU **I**NVESTIGATION

**SE CIERRA
EL CIRCULO**

**ANTHONY
W. RAVEN**

FEDERAL BUREAU INVESTIGATION

SE CIERRA EL CIRCULO

SE CIERRA EL CIRCULO

ANTHONY W. RAVEN

PRODUCCIONES EDITORIALES, S. A.
Avda. José Antonio, 810 - BARCELONA

Es propiedad
COLECCION
FEDERAL BUREAU INVESTIGATION
Nombre registrado

Portada: SOMMER

© Producciones Editoriales, S. A., 1975

Depósito Legal: B.39. 834-75

I. S. B. N. 84-365-0689-8

Impreso en España

Printed in Spain

Imprimió: Ballgraf - Hospitalet

UN nuevo golpe con la pistola en el vientre dejó a Deel casi sin conocimiento, doblado sobre sí mismo, caído de bruces en el piso de aquel sucio sótano. Pero entre dos hombres lo asieron por los brazos y lo volvieron a poner en pie. En total eran cinco hombres. Cinco hombres contra uno solo, que ya había sido golpeado hasta quedar prácticamente sin respiración. Pero no golpes visibles, en la cara o manos, sino golpes bien pensados, en el vientre, en los riñones, en el hígado...

—Vamos, vamos, Deel, no seas tonto... Sólo tienes que contestar a mis preguntas —dijo el jefe del grupo de cinco—. ¿Por qué no te ahorras este mal rato?

—Sí —jadeó Deel—. Sí, está bien... Yo... contestaré...

—¿Lo ves, hombre? Has podido ahorrarte unos cuantos golpes, pero te has puesto tan terco... Veamos: ¿qué está tramando Kenna? Ha movilizado a sus mejores muchachos... ¿Por qué? Baylin y Wilder han desaparecido... ¿Por qué, Deel?

—Están... con un tipo llamado Charles Audric, que... que dice que..., que pronto tendrá mucho dinero...

—¿Cuánto dinero?

—No sé... Hablan de un millón y medio de dólares...

—¡Fiuuu...! Bueno, ésta sería una buena ocasión para zanjar la rivalidad entre Kenna y yo. ¿Se trata de un atraco, Deel?

—No, no... Ese Audric dice que los va a conseguir con mucha facilidad, y que nadie los molestará... Ellos... Kenna y los demás, sólo tenemos que ayudarle a... vengarse...

—¿A vengarse? ¿De quién?

—De un tipo llamado Betjeman... No sé quién es, nunca lo he visto, pero me parece que... que hace muchos años estuvo con Eliot Ness o algo así...

—¿Un intocable? —exclamó el otro.

—Sí... Ese Betjeman vive en una granja, cerca de Cannondale, y tiene algo que ver con el millón y medio de dólares... ¡No lo sé bien, porque Kenna no nos ha dado muchas explicaciones!

—Cálmate, Deel, muchacho... Cálmate. Pero aclaremos bien esto: ¿Kenna va a estar cerca de un millón y medio de dólares?

—Sí...

—¿Sin cometer un asalto, sin que intervenga la Policía ni el F. B. I...?

—Sí... No hay... riesgo ninguno...

—Vaya, eso está bien... Bueno, Deel, te has portado muy bien, chico. Márchate.

Deel lo miró incrédulamente, reanimado de pronto.

—¿Que... me marche?

—Claro, hombre. ¿Qué creías? ¿Que te íbamos a matar? Oh, vamos, eso está pasado de moda... Lárgate ya. Barton, ayúdalo a salir de aquí.

—Okay —sonrió Barton.

Asió por un brazo al desconcertado Deel y lo llevó hacia el tramo de escalones de madera que llevaban a la puerta del sótano. Incluso le ayudó a subir las escaleras y luego a caminar por aquel pasillo y a salir a la tienda. Le abrió la puerta y lo miró amablemente.

—¿Estás bien, Deel? Perdona, chico, pero te pusiste tan cabezota...

—E-estoy bien, Barton... De veras.

—No nos guardas rencor, ¿eh?

—No, no... ¿Puedo..., puedo marcharme ya?

—Toda la calle es tuya —sonrió Barton, señalando al exterior—. Hasta otra, Deel.

—Adiós...

Deel salió a la calle, todavía incrédulo, aturdido no sólo por los golpes, sino por la sorpresa. ¿Era posible que lo dejaran marchar? Pero, en definitiva, estaba libre y vivo, y eso no requería perder mucho tiempo en análisis de sorpresas. Iba tan contento de haber salido con bien de aquel tropiezo, que no pudo ver la seña que Barton hacía, desde la puerta de la tienda, hacia un auto estacionado cerca. Tampoco prestó atención al hecho de que en aquel momento el coche se pusiera en marcha... Eso sí: lo vio llegar, cuando estaba bajando el bordillo, pero estaba lejos y tenía tiempo de cruzar... No había demasiada gente por allí, quizá debido a la fina llovizna...

Cuando se dio cuenta de la realidad, ya era demasiado tarde. El coche se le echaba encima a toda velocidad, y, en una fracción de segundo, Deel comprendió todo..., sin que ya le sirviera de nada.

Fue un impacto tremendo, que lo tiró varias yardas por delante del coche, que llevaba todas las luces apagadas. Deel cayó como algo que se ha roto para siempre, todavía en la calzada, y ya resonando los gritos de los transeúntes, el coche continuó su marcha, pasándole por encima, subiendo ligeramente las ruedas de un lado cuando pasaron por encima de su cabeza...

CAPITULO PRIMERO

VINCENT Betjeman parecía no haber entendido todavía lo que le decía Lyn Ullman. O quizá no quería creerlo. Sentado en la mecedora, bien abrigado con su batín y sus gruesos pantalones de franela, con la pierna derecha extendida y colocada sobre un taburete acolchado, el viejo Betjeman aún conservaba en su rostro aquella expresión estupefacta, incrédula.

—¿Te vas? —musitó al fin—. ¿Por qué?

—Bueno, yo... he encontrado otro trabajo lejos de aquí, señor Betjeman.

—¿Te pagan más que yo?

—Sí, señor.

—¿Cuánto vas a ganar?

—Es que no es sólo cuestión de dinero. Mire, señor Betjeman, hace mucho frío por estos lugares en invierno. Demasiado frío. De modo que, puesto que me han ofrecido un empleo mejor pagado en otro lugar, pues... me voy.

—Hasta ahora has estado bien conmigo, Lyn. Decías que te gustaba mucho mi pequeña granja... En realidad, no es una granja propiamente dicha, sino... una distracción para mi vejez. Sólo hay unas cuantas vacas, unas docenas de gallinas, un par de caballos, palomos... No es difícil atenderla, creo yo. Tienes todo el tiempo que necesitas para estudiar, ganas dinero y estás tranquilo. Y sabes muy bien que si no fuese por mi reuma aún tendrías más tiempo libre, pues sería yo quien me encargaría de la mayor parte del trabajo, ya que me gusta. Pero con mi pierna así no podré hacer nada. Y no me preocupo por mí, pues sabes que tengo mi retiro, y esto es... un *hobby*.

—Sí, lo sé, señor Betjeman.

—Si tú te marchas..., ¿quién cuidará a mis animales mientras yo esté en esta mecedora?

—No sé. Quizá Julie pueda hacerlo...

—Deja tranquila a mi nieta. Ella es la maestra de escuela de Cannondale, le gusta bastante, y yo quiero que tenga un horizonte algo más amplio que esta granja. Demasiado hace la pobrecilla con cuidar de este carcamal cojo y dolorido. A veces pienso... que sería mejor acabar de una vez, y así Julie podría empezar a vivir su vida.

—No diga usted eso —murmuró Lyn Ullman—. Julie le quiere, y le cuida muy bien, con cariño...

—¡Eso ya lo sé, jovencito! Pero, si además de quererme y cuidarme y ser maestra en Cannondale, tiene que atender la granja, yo me convertiría poco menos que en un tirano maldito. Además, ella no entiende demasiado

de esto. Le gustan los animales, desde luego, pero no es lo suyo. La envié a la universidad para que tuviera posibilidades muy diferentes. Lyn: ¿cuánto quieres ganar?

—Ya le he dicho que no es sólo por eso. Me voy, señor Betjeman. Es inútil que intente usted retenerme.

Vincent Betjeman frunció el ceño hoscamente, fulminando con una de sus torvas miradas al joven Lyn.

—Muchacho, yo no acostumbro a suplicar, si es eso lo que estás pensando. Aunque sea arrastrándome, yo atenderé la granja. El Señor te acompañe.

Lyn Ullman se pasó la lengua por los labios. Vaciló un instante, pero, al fin, dio media vuelta y se dirigió a la puerta de la casa, junto a la cual había dejado su maleta. La alzó, abrió la puerta y se volvió.

—Lo siento, señor Betjeman —susurró.

—No lo creo, pero tampoco importa ya. Adiós, Lyn. Suerte.

El muchacho salió al porche y ajustó la puerta tras él. Se quedó como clavado en el suelo, mirando con el ceño fruncido a su alrededor. Aquella era una hermosa granja, con amplios cobertizos, que él siempre mantenía limpios, bien atendidos. Gallinas, palomas, vacas y un par de caballos. Una vida apacible, tranquila, y, lo más importante, mucho tiempo para estudiar, ya que, efectivamente, cuando Vincent Betjeman no sufría uno de sus ataques de reuma, se encargaba de la mayor parte del trabajo. Al viejo le gustaba aquello: cuidaba de los animales, sembraba maíz, recogía la fruta, recortaba el gran trozo de césped. Y, además, le ayudaba a estudiar. Para un joven como él, aquello era lo que se llama una auténtica ganga, pero...

El ceño de Lin se frunció aún más cuando vio aparecer al hombre por el camino, directo hacia el portón de la granja, caminando cansinamente, con un petate al hombro y un cigarrillo en los labios. Alto, atlético, fuerte, de largos cabellos castaños y grandes ojos que parecían capaces de verlo todo, el forastero se detuvo un instante ante el portón, como estudiando la granja. Llevaba unos pantalones *bluejean*, un jersey negro y una cazadora marrón oscuro. Continuó adelante, y, por fin, se detuvo al pie del porche, mirando sonriente a Lyn Ullman.

—Hola —saludó—. ¿Qué tal? Estaba mirando...

—Pase y entiéndase con el señor Betjeman —refunfuñó Lyn—. Yo me largo. Y que le aproveche.

Lyn bajó del porche y se alejó, mohíno, disgustado, seguido por la amable mirada del recién llegado, que acabó encogiendo los hombros. Subió al porche, empujó la puerta y entró en la casa, sólo un par de pasos. Vincent Betjeman había estado mirando hacia la puerta, ya que había oído las voces. Se quedó contemplando al apuesto desconocido, que, a su vez, le sonrió simpáticamente, alzando una mano.

—Buenas tardes, señor Betjeman —saludó—. ¿O no es usted el señor Betjeman que ha mencionado ese muchacho?

El anciano recorrió con penetrante mirada la atlética y larguirucha figura que tenía ante él. Parecía llenar toda la entrada a la casa y casi todo el *living-hall* de ésta.

—Yo soy Betjeman. ¿Qué desea?

—Bien... Ésta es una bonita granja, señor Betjeman. Me pregunto si tendrá usted trabajo para un tipo como yo. No soy exigente.

Vincent Betjeman, por segunda vez en aquella tarde, quedó estupefacto.

—¿Está buscando trabajo?

—Sí, señor. La granja es grande, y al verla... Bueno, yo andaba buscando algo así..., aunque haya cerdos.

—No hay cerdos —murmuró Betjeman—. ¿Le envía alguien?

—No... Desde luego que no. ¿Por qué?

—Pues yo diría que le envía la Providencia, joven. ¿Entiende usted de esta clase de trabajo?

—Yo pienso que sí, señor Betjeman.

—¿Cuánto quiere ganar?

—Pues... ¿Me va a dar el empleo? —exclamó el forastero.

—¿Por qué no? Supongo que ha visto salir de aquí a un muchacho, cargado con una maleta. Oh, sí, porque habló con él... Bien, él era mi empleado, y acaba de despedirse.

—Caray... ¿De veras? ¡Bueno, a esto le llamo yo llegar a tiempo!

—¿Cuánto quiere ganar?

—Vaya... No sé. Mire, he estado trabajando en muchos sitios últimamente, señor Betjeman, y he cobrado sueldos... variables. Usted tiene cara de buena persona; así que le cobraré... lo que usted considere que vale mi trabajo.

—Quizá no pueda pagarle mucho.

El forastero dejó el petate en el suelo y miró a su alrededor, con evidente agrado: cortinas en las ventanas, bonitos cuadros en las paredes, alfombras confortables, un estupendo hogar construido con grandes piedras... Todo limpio, ordenado, alegre.

—No importa —suspiró—. Si usted me acepta a mí, yo acepto su sueldo. A menos que pretenda burlarse de mi pagándome una cantidad de esclavo, se entiende.

—Le pagaré una cantidad razonable. ¿Cómo se llama usted?

—Delbert Kilgore. Oh, televisión... ¿Es en colores?

—No.

—Ah... ¿Y de verdad no hay cerdos?

—No hay cerdos.

—Pues creo que no se puede pedir más. No tengo nada especial contra los cerdos, entiéndame, pero me gustan más los caballos, por ejemplo...

¿Quiere que encienda el fuego de la chimenea ya?

—Se lo agradeceré.

Delbert Kilgore se puso manos a la obra. En pocos minutos, el fuego dio un alegre tono rojizo a la estancia. Se oía el crepitar de la leña seca y olía muy bien.

—Esto ya está —Kilgore miró a su alrededor, como perplejo—. ¿Vive usted solo, señor Betjeman?

—No. Mi nieta llegará pronto. Trabaja de maestra en Cannondale.

—¿Maestra? Caramba... He bajado del autobús en Cannondale precisamente. Es un pueblo simpático. Más que Nueva York, desde luego. Por aquí hace más fresco —se frotó las manos y las acercó al fuego—. Pero se está mejor. Y el frío parece que no se nota tanto cuando hace sol.

—¿Viene usted de Nueva York?

—Sí. He estado una temporada allá. Quise ver qué tal se estaba en una gran ciudad, pero ha sido una experiencia desagradable. Hay demasiada gente, demasiado ruido, humo, caras enfurruñadas, autos por todas partes... Y le aseguro que no he visto ninguna chimenea como ésta. ¡Es formidable!

—Sí —sonrió Betjeman—. Es formidable.

—Mmm... ¿Qué le pasa en la pierna?

—Reúma. Un reúma atroz. Casi no puedo moverme.

—Lo lamento. ¿Cuántos años tiene usted?

—Setenta —parpadeó Betjeman—. ¿Por qué?

—Oh, seguramente es una tontería. Pero siempre he oído decir que las personas que tienen reúma están destinadas a vivir mucho tiempo. Usted se ve bien... Apuesto a que llega a los cien, o algo así.

—No sé si esa perspectiva me alegra, en estas condiciones. ¿De qué ha estado trabajando en Nueva York?

—De todo un poco. Soy lo que llaman un aprendiz de todo y maestro de nada. Me gusta caminar, ver cosas nuevas y aprender todo lo que se pueda aprender.

—¿Un vagabundo?

—Algo parecido —sonrió Kilgore.

—¿Tiene usted algún certificado de trabajo o alguna carta de recomendación...? Ya me entiende.

—Temo que no tengo nada de eso, señor Betjeman. Pero si lo considera necesario, puedo pedirlo a Nueva York. De todos modos, le aseguro que soy una persona honrada.

—No he supuesto lo contrario —musitó el viejo—. ¿Quiere un poco de café? ¿O prefiere *whisky* quizá?

—Tomaré café. ¿Dónde está la cocina? Oh, ya veo... Al final de ese pasillo. ¿Quiere café usted también?

—Con unas gotas de *whisky*.

—Buena idea. Lo preparo en seguida.

Kilgore fue a la cocina, que tenía el mismo aspecto limpio y agradable que todo cuanto había visto hasta entonces de la casa y de toda la granja. En pocos minutos preparó café, y regresó con él al *living*. Vincent Betjeman le señaló el pequeño mueble-bar, y su flamante empleado lo abrió. Tomó la botella que vio destapada, la sacó..., y se quedó mirando otra de las botellas. La sacó, mirándola con gesto de incredulidad.

—Atiza —exclamó—. ¡Vaya abuelita! ¿De dónde la ha sacado, señor Betjeman?

—Tiene casi cuarenta años —murmuró Vincent—. Es un *whisky* de... viejos tiempos, señor Kilgore. Un regalo que me hicieron entonces.

—Vaya... Cuarenta años. ¿Qué espera para beber de este magnífico *whisky*?

—Lo beberé si algún día llego a merecerlo. Se va a enfriar el café.

Delbert Kilgore miró extrañado al anciano; dejó la botella de *whisky* que tenía casi cuarenta años y miró irónicamente la otra. Sin más comentarios sirvió el café y echó un chorrito de *whisky* en ambas tazas. Bebieron en silencio, mientras Kilgore continuaba mirando con agrado a su alrededor. De pronto se acercó a la repisa de la chimenea y se quedó mirando algunas fotografías enmarcadas que había allí. Abrió la boca en un gesto de asombro, tomó una de las fotografías y se volvió hacia Betjeman.

—Debo de estar viendo visiones... ¿No es Eliot Ness este hombre, señor Betjeman?

—Sí.

—¿Es él? —exclamó Kilgore.

—Ya le digo que sí. ¿Cómo lo ha conocido?

—He visto fotografías de él. Oiga, lo pusieron muy de moda cuando Robert Stack hizo la serie de «The Intouchables», ¿recuerda? La serie de televisión quiero decir, claro. Publicaron libros, fotos del auténtico Ness de hace años...

—Sí.

—Fue un gran tipo el señor Ness. Y ya ve: después de haber pasado tantos peligros, se muere de un ataque cardíaco. Cosas de la vida. Un gran tipo, sí, señor... ¡Oiga! ¡Este que está a su derecha es usted, seguro!

—Sólo que un poco más joven —sonrió secamente Betjeman.

—¿De veras es usted? ¿Conoció a Eliot Ness? —Durante unos meses estuve trabajando con él; a sus órdenes, quiero decir. Luego me trasladaron a otra ciudad.

Delbert Kilgore parecía poco menos que a punto de desmayarse de asombro.

—¿Es usted uno de los *intocables*? —exclamó.

—No de su famoso grupo, señor Kilgore. Son... cosas pasadas. ¿Le

mostrará dormir en el cobertizo?

—No, no... Oiga, ¿de veras fue usted un...?

—Está bien acondicionado. Hay una hermosa habitación allí, señor Kilgore. Lyn se sentía muy a gusto... Lyn es el muchacho que acaba de marcharse. No crea que no lo queremos en la casa por ninguna clase de prejuicio; es sólo que considero que usted estará allí más independiente, se sentirá más libre.

—Sí... Sí, por supuesto. Gracias —Kilgore dejó la fotografía donde la había encontrado, se quedó unos segundos mirando fijamente al anciano y, por fin, parpadeó—. Si le parece iré a instalarme. ¿Necesita ahora alguna cosa?

—No, no... Cenaremos a las siete, señor Kilgore.

—Llámemme Delbert simplemente, señor Betjeman. Y hasta debería tutearme: tiene usted cuarenta y tres años más que yo.

—Quizá con el tiempo llegue a tutearle, Delbert —sonrió el anciano—. Aunque no creo que usted sea de los que se quedan mucho tiempo en el mismo sitio. De todos modos, su llegada ha sido muy oportuna. Espero que se encuentre a gusto con nosotros.

—Estoy seguro de ello. ¿Viven solos usted y su nieta?

—Así es.

—Bien... Iré a instalarme. Y me daré una vuelta por la granja, si le parece bien.

—Como guste. Hay una camioneta en el garaje, que utilizamos para llevar la leche y los huevos a Cannondale; puede utilizarla, si quiere ir al pueblo a comprar algo que necesite.

—Lo tendré en cuenta. Hasta ahora, señor Betjeman.

Sonrió y salió de la casa, cargado con su petate. Se fue hacia el cobertizo, en cuyo extremo más cercano a la casa encontró la habitación, en verdad agradable y limpia. Había una estufa de gas, pero decidió que todavía no hacía el suficiente frío para encenderla. También había una radio, algunos libros, un pequeño canterano... La cama estaba al fondo, y cerca de los pies había un confortable sillón, con una lámpara de pie al lado.

Delbert Kilgore dejó el petate sobre la cama, lo abrió, y sacó algunas prendas de ropa interior, un paraguas plegable, botas de goma envueltas en grueso papel, un impermeable... Lo fue colocando todo en el pequeño armario, lentamente, pensativo. Por último, sacó un paquete envuelto en lona, lo abrió, y de entre los diversos objetos que había allí tomó el más espectacular: una imponente automática del nueve largo, con silenciador ya acoplado. Tiró del cargador, mecánicamente, y contempló, siempre como distraído, las balas. Lo encajó con seco chasquido, puso el seguro y lo envolvió todo nuevamente. Durante un par de minutos estuvo mirando la habitación, calculando la conveniencia de utilizar cualquiera de los

posibles escondrijos. Parecía desistir de ello al fin. Acabó de colocar todas sus pertenencias en los lugares adecuados, recogió el envoltorio de lona de encima de la cama y salió de su habitación, directo hacia el gran establo.

Éste era alargado, amplio, y dentro estaban todos los animales de la granja, separados convenientemente. A la derecha de la entrada, dos hermosos caballos de montar. A la izquierda, ocho formidables vacas lecheras. Más a la izquierda, lo que se podía definir como el gallinero, con no menos de quince docenas de gallinas. Y por encima, en palomares adecuadamente colocados, quizá había dos docenas de palomas... Pero iban llegando más a cada minuto. La proximidad de la noche las obligaba a regresar a su hogar, penetrando por las aberturas practicadas cerca del techo.

Una de las vacas volvió la cabeza y lanzó un manso mugido que casi hizo reír a Delbert Kilgore.

—Ésta es buena —murmuró—. ¡Ésta sí que es una bonita situación!

Se quedó mirando alrededor, sin abandonar su expresión irónica. Por fin, su mirada quedó fija en uno de los palomares. Era el más grande, y estaba en lo alto de un poste, como presidiendo la comunidad de palomas. Igual que una pequeña casita colocada en lo alto de un árbol. Era la única que había sido colocada sobre un poste; las demás estaban clavadas en las paredes. Pero, sin duda, aquel pequeño palomar merecía tal distinción: arriba, junto a la circular «puerta», había un palomo enorme, grandísimo, poderoso, con un formidable buche. Parecía estar vigilando al intruso.

Y aún lo vigiló más atentamente, torciendo el cuello, cuando Kilgore comenzó a trepar por el poste, llevando colgado entre los dientes el envoltorio de lona. Cuando llegó arriba, el gigantesco palomo mostraba una actitud francamente agresiva, e incluso lanzó tres o cuatro picotazos hacia las manos del usurpador de moradas.

—Aparta, matón —rió Kilgore, alejándolo de un manotazo.

Se sujetó con una sola mano, mientras con la otra introducía dentro del pequeño palomar el envoltorio de lona. Luego, mientras el palomo volvía, él decidió esquivar el combate, deslizándose tronco abajo hasta el suelo. Desde allí, saludó sonriente al belicoso volátil, y se volvió hacia aquella vaca, que continuaba mugiendo.

—Un momento de calma, jovencita —refunfuñó—. Cada cosa a su tiempo.

Fue en busca del taburete y uno de los cubos para leche y se sentó junto a la vaca, contemplando no sin cierta aprensión las repletas ubres. Agitó los dedos y tomó dos de las tetillas, comenzando rápidamente a ordeñar al animal, que en seguida dejó de mugir. Los gruesos chorros de leche se sucedían, blanquísimos, en su caída hacia el cubo, formando una espesa, cremosa espuma. Rica leche parecía, desde luego. Y natural. Pero...

—Francamente, amiguita —dijo Kilgore—, prefiero el *whisky*. Y que

conste que no tengo nada contra ti. Ya verás cómo seremos muy buenos amigos.

CAPITULO II

POCO después de las seis, cuando ya casi era de noche, Delbert Kilgore había ordeñado a las seis vacas, había puesto comida a los caballos y a las gallinas, y se dedicaba a limpiar un poco el gallinero, rodeado de cloqueantes aves y mirado con aguda desconfianza por media docena de fenomenales gallos de enorme cresta, que, al mismo tiempo, parecían proteger lo que ellos consideraban su territorio, su parte del harén de ciento setenta y tantas hermosas, rollizas, sanas y bellísimas gallinas.

Fue entonces cuando, de pronto, sé oyó el sonido de un claxon repetidamente. Tan de sorpresa, que Delbert dio un salto, respingando. Era fácil acostumbrarse a la paz de aquel lugar... Y muy fácil que alguien llegara a destruirla con los horribles monstruos mecánicos.

Se acercó a una de las ventanas y vio llegar el coche deportivo, con la muchacha al volante. La capota plegable estaba extendida, de modo que no pudo verla muy bien. Pero salió del establo, dispuesto a conocerla. El coche pasó muy cerca de él, todavía sonando el claxon, de modo intermitente, como en una señal. Una nube de polvo pareció saltar hacia Kilgore, que quedó un instante como clavado en el suelo, sin ver nada. Oyó el seco frenazo, desde luego, y, cuando al fin pudo ver, disipándose la nube de polvo, oyó la voz femenina:

—Oiga, ¿quién es usted?

Kilgore movió las manos ante sus ojos, como queriendo apartar el poco polvo que quedaba, y se quedó mirando a la muchacha; más allá, el coche estaba detenido, abierta la portezuela izquierda. Pero eso no importaba.

—Y usted, ¿quién demonios se ha creído que es, para llegar así a la granja, nena? —replicó acremente Delbert—. Llega aquí con un coche, metiendo ruido, levantando polvo... Ya se está largando por donde ha venido. No queremos escándalo en este lugar. Si tiene ganas de juerga este fin de semana, tendrá que buscar un ambiente más adecuado, así que... ¡hop!, largo de aquí. No se le ha perdido nada en esta granja. De todos modos, si quiere entrar, haga el favor de salir... y regrese como una señorita. ¿*Okay*, nena?

—¡Usted es un insolente deslenguado! —explotó al fin la muchacha, roja de ira.

—Y usted una *hippy*.

—¿Cómo? Yo... ¿Yo una... una *hippy*?

—Sólo que vestida de modo bastante normal. La falda un poquito corta, ¿no le parece? Aunque tiene usted unas hermosas rodillas, de modo que se le puede perdonar que las enseñe... Pero no aquí. Así que... ¡hop!, lárguese.

—Oiga usted, señor... «hop»: si alguien se ha de largar de aquí, ese

alguien es usted. ¡Yo estoy en mi casa! Y si no se... larga de aquí en seguida, yo..., ¡hop!, voy a llamar a la Policía. ¿Se ha enterado? ¡Lyn! ¿Dónde estás, Lyn?

Se fue hacia la entrada al establo, pasando rozando desafiante a Kilgore, que, por fin, cuando ella le volvía ya la espalda, consiguió cerrar la boca. La alcanzó en seguida.

—¿Usted es la señorita Betjeman? —exclamó.

—En efecto, señor «hop». ¿Dónde está Lyn?

—Bueno, él... él se fue. Yo soy el nuevo empleado. Su abuelo me dijo...

—¿Lyn se ha marchado? —Quedó atónita la muchacha.

—Pues, sí...

—¿Y mi abuelo le ha contratado a usted?

—Pues, sí...

—¡Eso ya lo veremos! ¡Será mejor que empiece a recoger sus cosas, señor... «hop»!

Regresó rápidamente al coche y acabó de llegar con él frente al porche de la casa, tocando de nuevo el claxon de modo intermitente. Saltó al porche, se volvió hacia Kilgore, alzó la barbilla y entró en la casa. Y a pesar de que ya no la veía, Delbert Kilgore tenía la impresión de que era todo lo contrario, como si tuviera a la muchacha delante mismo de sus ojos, en una imagen agrandada, formidable: los tremendos ojos azules, los rubios cabellos, la boquita crispada en un gesto de ira, la sensacional figura, las perfectas rodillitas...

Decidió que lo mejor era volver con las gallinas, de momento.

* * *

—Pase.

Empujó la puerta de la casa, entró y se quedó mirando a Vincent Betjeman, que, desde su mecedora, lo miró a su vez con una cierta ironía.

—Son las siete, señor Betjeman. Y usted dijo que cenaríamos a esta hora.

—Sí, en efecto. Muy puntual, Delbert. Oh, le presento a mi nieta Julie. Aunque entiendo que ya se han conocido ustedes.

Kilgore desvió sólo los ojos hacia el sillón donde estaba sentada la muchacha. A plena luz, y ya más calmada, parecía aún más joven y bonita.

—Sí, señor. Temo que cometí una equivocación con ella. La... la llamé *hippy*.

—¿Por qué?

—Bien... No sé. Ella llegó en coche, armando un gran alboroto... No sé. Fue una tontería mía. Usted ya me había hablado de su nieta, de modo que debí comprender que era ella. Lo siento de veras. Pero me molestó que una persona llegara a este lugar tocando el claxon, a toda velocidad, alzando

polvo... Se puede llegar más despacio, sin alzar polvo, en silencio... Este sitio es muy tranquilo y hermoso, señor Betjeman. Quiero decir...

—Le entiendo a usted, Delbert. Y, en el fondo, le agradezco su modo de interpretar, de definir mi granja. Lo cierto es que tiene usted razón: me gusta el silencio, la paz, la tranquilidad. Sin embargo, cada viernes por la tarde, cuando Julie regresa de la escuela, lo hace tocando el claxon de un modo que la identifica. Yo siempre sé que es ella la que llega. Y con el sonido del claxon, me dice que es fin de semana, que durante dos días no tiene que separarse de mí, que podremos charlar durante horas enteras, y que está... contenta.

—Especialmente a las vacas, señor Betjeman, no les gusta tanto ruido —farfulló Kilgore.

—Lo sé... —rió el anciano—. Pero hasta las vacas quieren a Julie, Delbert. En fin, esto es una tontería de jóvenes a la que yo, por supuesto, no voy a dedicarle más tiempo. La cena está a punto.

—Su nieta me ha despedido.

—Ah, cierto, cierto... ¿Qué hizo usted cuando ella le comunicó su despido, Delbert?

—¿Qué quería que hiciese? Acabé de arreglar a las gallinas. Ellas no tienen la culpa de nada, me imagino.

—¿De verdad hizo eso?

—Sí, señor. Por cierto, hay cuatro gallinas que son... lo que suele llamarse una calamidad. No ponen. Quiero decir que no ponen huevos... Je, je... Claro... ¿Qué otra cosa habrían de poner? Pues no ponen. Vaya, yo sé que esto se sabe por las mañanas, generalmente... Pero le aseguro que esas cuatro no ponen.

—Entonces..., ¿qué hacen?

—Bien... Digamos que lo pasan estupendamente. Tienen calor, un buen montón de paja, comida... y hasta un tremendo gallo que se toma en serio su... trabajo. Usted me entiende, señor Betjeman.

—¡Desde luego! Y diría que también le ha entendido Julie, muchacho.

—Vaya... —Kilgore sonrió, turbado—. Quiero decir que son gallinas que se pegan la vida padre. Unas inútiles.

—Sí, sí, entiendo... ¿Qué me sugiere que hagamos con ellas?

—Depende... Si lo que usted quiere conseguir con esta granja es un buen negocio, yo las mataría y haría un rico caldo. Pero, según me parece, usted tiene aquí cualquier cosa que quiera llamarlo menos negocio. En ese caso, pues dejaría que las gallinas siguieran comiendo como fieras, que tuvieran las visitas de su gallo y que... fuesen muy felices. A mí me importa un pito, señor Betjeman, porque sé que mientras cumpla mi parte, usted me pagará y me pondrá un rico plato de comida en la mesa.

Vincent Betjeman miró amablemente a su nieta.

—Julie —musitó—: ¿éste es el «tipo antipático» que te ha... insultado?

—Ahora parece otro, abuelo —refunfuñó la muchacha—. Pero te aseguro que antes fue un grosero.

—Oiga —saltó Kilgore—: puede que yo sea un grosero, pero si la analizamos a usted...

—Bien, bien, bien... —cortó socarronamente Betjeman—. Según entiendo, la cena está a punto. ¿Qué opinas, Julie? ¿Lo despedimos?

La muchacha se levantó, orgullosamente.

—Eso es cosa tuya, abuelo. Voy a poner la cena en la mesa.

Salió del *living*, altivamente. Delbert Kilgore se rascó la nuca, miró al anciano, volvió a rascarse la nuca y, por fin, con una sonrisita divertida, comentó:

—Su nieta tiene genio, señor Betjeman.

—Usted también —dijo rápidamente el anciano.

—¿Yo?

—Sí, sí. Tengo todavía algunos viejos amigos de mis tiempos de... persona en activo. He llamado a Nueva York, Delbert.

—Ah.

—A la Delegación del F. B. I.

—Caray... Mire, yo de usted, señor Betjeman, no haría mucho caso a esa gente. A los del F. B. I., me refiero. Usted ya sabe: son personas demasiado... modernas. Todo es a base de computadoras, gente especial, sistemas especiales, trucos especiales... De verdad: no me fiaría mucho de ellos.

—Me pregunto, Delbert, si se da cuenta de que los del F. B. I. son, ni más ni menos, que mis sucesores. Hace treinta años nos llamaban *intocables*. Ahora, son «muchachos del F. B. I.», o algo parecido. En definitiva, como suele decirse, son... los mismos perros con diferentes collares. Le estoy diciendo que todo cuanto usted opine sobre los actuales agentes del Bureau of Investigation, es como si lo estuviese opinando sobre mí mismo.

—Le seré sincero, señor Betjeman: tengo un apetito atroz.

—¿Se está preocupando por algo, muchacho?

A mi llamada en demanda de informes me han respondido que Delbert Kilgore es un excelente, muchacho.

—¿Cómo! ¿Me conocen los del F. B. I.?

—No... —sonrió Betjeman—. Por eso digo que usted es un excelente muchacho.

—Pueden estar equivocados. Una persona puede cometer mil tropelías sin que se entere el F. B. I.

—¿De veras? Vaya... —Vincent Betjeman pareció quedar pensativo, sombrío, preocupado—. ¡Pues sí que han cambiado los *intocables* de hoy día...! En mis tiempos, cualquier tipo que se pasaba de la raya era localizado en el acto. Teníamos nuestro propio sistema, claro. Pero si

alguien se desviaba del camino honrado, lo detectábamos, quedaba fichado en nuestra mente, al menos. Hoy las cosas son diferentes. Archivos con millones de fichas, sistemas de investigación por laboratorio, fotografías especiales... ¡Qué sé yo! Cientos y cientos de cosas nuevas. Dígame una cosa, Delbert: ¿no nos habíamos visto nunca antes?

—No, señor.

—¿No? Parece muy seguro... Tiene veintisiete años, según he calculado.

—Sí, señor. Una edad diferente a la suya. Apuesto a que usted y yo no hemos perseguido a las mismas chicas. Pasan los años, todo cambia... Hace treinta años, usted se dedicaba a romper botellas de *whisky*. Hoy tiene una estupenda botella en su mueble-bar. Todo cambia, señor Betjeman.

—Sí... Todo cambia. Pera hay cosas que no, Delbert. Mire, tengo setenta años, estoy hecho una ruina, tengo reuma, me duelen todos los huesos del cuerpo, fumo demasiado, me aburren los programas de televisión, mi carácter no es muy bueno, pero... Digamos que mi vista es excelente... todavía... ¿Dónde le he visto antes?

—Dígamelo usted, señor Betjeman. Por mi parte, le juro que jamás le había visto antes de hoy.

—Bueno... Debe ser una tontería mía. Ah... La cena. Los viernes es algo formidable, Delbert. ¿Qué nos has preparado hoy, Julie?

CAPITULO III

BIEN... —murmuró el anciano, expeliendo el humo del recién encendido cigarrillo—. Haga algún comentario, Delbert. ¿Qué le ha parecido la cena?

Kilgore miró una vez más de reojo a Julie, que estaba recogiendo los platos.

—Yo no soy rencoroso, señor Betjeman: admito que ha sido una cena estupenda. Su nieta tendría que ser cocinera.

—¡Oiga...! —exclamó la muchacha—. ¿Qué ha querido decir con eso?

—Ya, ya, ya... —sonrió Betjeman—. Delbert ha querido decir lo que ha dicho solamente. Ha sido un elogio, ¿no es cierto, Delbert?

—Sí, señor. Pero es que su nieta...

—Espero que no me obliguen los dos a castigarlos sin ver televisión —sonrió irónicamente Vincent—. Ahora, tomaremos un buen café, no aquella especie de agua negra que usted preparó antes, Delbert.

—¿No le gustó mi café? —murmuró Kilgore.

—Ni pizca.

Julie se echó a reír y se fue hacia la cocina, con los platos. Delbert quedó mohíno, mirando hoscamente hacia el pasillo. Cuando regresó su mirada hacia el anciano, vio en los ojos de éste una chispa de divertida malicia, como si esperase que él dijera algo que pudiera proporcionar una entretenida discusión.

—Bueno... La verdad es que no sé hacer muy buen café —sonrió Kilgore—. Lo admito. Pero quizá sea más útil ayudando a secar platos... ¿Le importa quedar solo unos minutos?

—No.

Delbert carraspeó, se puso en pie, vaciló, y al fin se decidió a ir a la cocina. Julie estaba colocando la cafetera en el gas. Volvió la cabeza, lo miró de arriba abajo y comentó:

—Espero que no pretenda ayudarme a hacer café.

—Sólo quería ayudarla a secar los platos.

—No necesito su ayuda.

—Oiga, ¿qué le pasa? Estoy intentando ser amable con usted, ¿no se ha dado cuenta? Qué demonios, me equivoqué con usted, la llamé *hippy* y escandalosa, pero he admitido mi error. ¿Qué más quiere? ¿Que le pida perdón de rodillas?

—No sería mala idea. Resultaría divertido.

—Pues si quiere divertirse, tendrá que ir al circo, nena.

—¡Grosero!

—¡Al demonio! Si usted tiene genio, yo también lo tengo. Y mucho más, puede estar segura. Si no fuese...

Delbert se calló bruscamente, y ladeó la cabeza.

A Julie le produjo la impresión de un cazador tendiendo el oído en un intento de localizar acústicamente una pieza.

—¿Qué pasa?

—Ssst...

El zumbido del motor de un auto llegó, muy débil, a oídos de la muchacha, al fin. A los pocos segundos se oía mucho más fuerte. Y al fin dejó de oírse por completo.

—Parece que tenemos visita —dijo la muchacha—. Iré a...

—Yo iré.

Kilgore salió de la cocina, recorrió el corto pasillo y apareció en el *living*, directo hacia la puerta de la casa. Betjeman había abierto la boca, pero comprendió que Delbert sabía ya que alguien había llamado. De pronto, Kilgore fue hacia la ventana y echó un vistazo al exterior. Pudo ver el auto, grande, negro; parecía que no había nadie dentro. Se apartó un poco, para poder mirar al porche. Vio a dos hombres y a una mujer.

—¿Qué pasa? —preguntó Betjeman—. ¿Por qué no abre, Delbert?

—En seguida, señor Betjeman.

Abrió la puerta, al fin. La mujer estaba entre los dos hombres y, vista a plena luz, de frente, en todo su esplendor, resultaba sencillamente impresionante: alta, de cabellos rojos, grandes ojos claros, boca llena, grande y sonriente. Era muy elegante, y no sólo por su abrigo de visón blanco, sino en la esbeltez de sus líneas, su cuello largo, fino, magnífico. Delbert miró a los dos hombres, pero no parecieron merecer excesivo interés para él. Buena estatura, bien vestidos, de unos treinta años...

—¿Sí? —sonrió, mirando a la bellísima pelirroja.

—¿Vive aquí el señor Vincent Betjeman? —preguntó ella.

—Sí, en efecto. ¿Qué...?

Uno de los hombres le puso la mano en el pecho y lo empujó, haciéndole entrar en la casa. El otro empujó a la mujer por un brazo y entró en último lugar, mirando rápidamente a todos lados. Betjeman, en el sillón ahora después de la cena, los miraba con el ceño fruncido. Julie estaba en la punta del pasillo, con los ojos muy abiertos, expectante.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó secamente Betjeman, al fin.

—Usted —el que había empujado a Delbert, señaló a Julie—, venga aquí. Siéntese ahí, junto al viejo.

—¡Oiga...! —empezó a protestar Kilgore.

Se calló bruscamente, contemplando la pistola que el hombre había sacado con rápido gesto, y que le apuntaba al pecho.

—Usted también —ordenó el pistolero—: siéntese junto al viejo. Con la chica... ¡Vamos, siéntense los dos!

—Escuche, usted no tiene...

—Venga aquí, Delbert... —murmuró roncamente Betjeman—. Y tú

también, Julie. Sentaos los dos cerca de mí.

El otro también había sacado una pistola y miraba con sarcasmo a Delbert, que, evidentemente, era el único con alguna probabilidad de intentar oponerse. Pero Delbert fue a sentarse junto al anciano, igual que Julie, que estaba pálida, asustada, pero controlándose muy bien. La pelirroja también había palidecido y parecía desconcertada.

—Señor Wilder... —empezó a decir.

—Usted también, señorita Epton... —dijo el que había empujado a Kilgore—. Tome una silla y forme parte del grupo. Quiero que los cuatro estén juntos, sentados, en silencio y quietos.

—Pero usted me dijo...

—¡Haga lo que le digo ahora!

La pelirroja tragó saliva. Tomó una silla, la colocó junto al sillón de Julie y se sentó.

—Baylin —dijo Wilder—: ve a decir que ya puede entrar. Todo está bien aquí. No creo que haya nadie más en la casa.

El llamado Baylin salió de la casa, pero reapareció pocos segundos después. Se quedó a un lado de la puerta, dejando pasar a otro hombre, que lo hizo muy lentamente, mirando con intensa fijeza a Vincent Betjeman. Parecía que allí solamente estuviera el viejo *intocable*, tal era la obsesiva fijeza del recién llegado. Baylin cerró la puerta y el último en entrar se acercó unos pasos más, siempre fija su mirada en Betjeman.

—Hola señor Betjeman —susurró, con voz neutra, sin inflexiones.

Vincent lo estaba mirando también con mucha atención. El recién llegado debía tener unos sesenta años, era de estatura mediana, delgado, un poco calvo. Sus ojos eran pequeños, negros, fríos y duros. Su delgadísimo rostro tenía una palidez profunda, casi transparente. Igual que las manos. Su boca era pequeña y se veía como retorcida en una sonrisa escalofriante, que casi hacía desaparecer sus delgados labios. La barbilla era pequeña, hundida; los pómulos parecían tener solamente lo más estrictamente necesario de piel, de modo que el hueso sobresalía como si fuese a rasgarla de un momento a otro. En conjunto, parecía una pequeña comadreja maligna, malévola.

—¿No me recuerda? —Estiró aún más sus labios.

Vincent Betjeman tenía ladeada la cabeza, entornados los ojos. Igual que un viejo y formidable halcón, cien veces más poderoso que su visitante todavía, lo estaba estudiando a fondo, muy detenidamente. No quería fallar.

Por fin, el viejo *intocable* enderezó la cabeza, se irguió en el sillón y aflojó la tensión de sus párpados. Entonces pudo verse en el fondo de sus ojos una especie de sonrisa; como un destello duro y alegre a la vez; como un viejo recuerdo muy satisfactorio.

—Hola, Audric —musitó.

—¡Ah! ¡Me ha reconocido! ¡Magnífico! Reciba mi admiración más sincera, señor Betjeman. Le aseguro que no esperaba que su vista continuase siendo tan buena. Ni su memoria.

—Ambas cosas funcionan muy bien, Audric. Lo único que no me funciona tan bien como yo quisiera es mi pierna. Reúma.

—Oh... Lo lamento de veras, señor Betjeman.

—No lo creo... —sonrió secamente el anciano—. Debes estar muy contento por verme postrado en este sillón. Muy contento. Pero eso no me importa, Audric. Voy a darte un consejo: recoge a tus pistoleros y márchate.

Audric se echó a reír de pronto. Con una risa auténtica, de tono agudo, perfectamente gozada. Estaba disfrutando, era evidente. Se sentó en una silla, con el respaldo por delante, miró a Julie, a Delbert y a la pelirroja señorita Epton... Volvió a mirar a Betjeman.

—Algo ha cambiado, señor Betjeman... —dijo al fin, todavía riendo—. Algo o mucho. Usted sigue queriendo ser el feroz *intocable* duro, tenaz, inteligente, poderoso... Pero algo ha cambiado. ¿Adivina qué cosa?

—Nada ha cambiado. Hace años que estoy retirado, pero todo sigue igual, Audric. Soy el mismo.

—¡El mismo...! —volvió a reír Audric—. ¡Pero claro que no, señor Betjeman! ¿Cómo va a ser el mismo? Veamos... Han pasado treinta años y un mes... ¡Treinta años y un mes! ¿Se da cuenta? En todo ese tiempo..., en todo ese larguísimo período de tiempo, es forzoso que todo cambie. Incluso usted. Hace treinta años tenía usted cuarenta; era alto, fuerte, descarado por su seguridad en sí mismo, se permitía dar consejos también, pero... entonces podía hacerlo. Ahora no. Ya no, señor Betjeman. Es viejo, débil, tiene reúma, está retirado hace muchos años. Sus manos ni siquiera podrían sostener una metralleta como lo hacía entonces. Quizá, ni siquiera una pistola. ¿Cómo va a poder seguir siendo el mismo? Si usted fuese el mismo de hace treinta años, Wilder y Baylin ya no tendrían la pistola en la mano: estarían muertos a balazos, o tendidos en el suelo con la cabeza rota a golpes. El *intocable* Betjeman los habría hecho pedazos, de un modo u otro. Ahora no... No, no, no... No es el mismo, ni las cosas son iguales... Fíjese en mí, por ejemplo: ¿acaso soy el mismo que antes?

—En el fondo, sí, Audric.

—¡En el fondo...! ¡Pero es que las cosas también tienen su importancia en la superficie, señor Betjeman! ¿Usted me recuerda, de cuando yo tenía veintiocho años? No es que fuese un gran tipo, pero... tampoco estaba mal. Más alto que ahora, más fuerte, siempre elegante y con lindas chicas a mi disposición... ¿Le produzco la misma impresión ahora que entonces?

—Aproximadamente.

Audric enrojeció de pronto, violentamente, y golpeó el respaldo de la silla, con una energía inesperada, producto de su furia interna.

—¡No hay ninguna aproximación entre el Charles Audric de entonces y el de ahora, señor Betjeman! ¡Ninguna! ¡No puede haberla, después de treinta años pasados en la cárcel! ¡Durante treinta años, todo mi organismo se ha estado pudriendo allá dentro, envejeciendo diez veces más que el de usted! Míreme... Tengo cincuenta y ocho años, y parezco aún más viejo que usted. ¡Claro que hay cosas que han cambiado! ¡Todo ha cambiado!

—Menos tu odio por mí —sonrió Betjeman.

—¡Exacto! ¡Menos mi odio por usted! Espero que no se sorprenda demasiado... Usted me metió treinta años en la cárcel. ¿Se da cuenta? ¡Treinta años de mi vida metido entre rejas y muros! ¡Y eso se lo debo a usted, señor Betjeman!

—No a mí, Audric. Se lo debes a la Ley.

—¡La Ley! ¿Cómo podría yo atacar a la Ley? ¿Se le ocurre algún medio? Yo le aseguro que no existe ese medio... Pero sí se puede atacar al hombre que servía a esa Ley. Durante treinta años, he tenido ocasiones sobradas para pensar. Para pensar en todo... Absolutamente en todo, todo, todo...

—Lo dudo. Tu odio por mí debe haberte ofuscado mucho, Audric. En realidad, no creo que hayas tenido un solo pensamiento que se apartase de tu idea de matarme. Lo juraste cuando fuiste sentenciado, mientras te sacaban del juzgado... Gritabas con todas tus fuerzas que me matarías cuando salieras, que nada podría impedirlo.

—Ah... ¿Recuerda eso?

—Lo recuerdo ahora, Audric.

—¿Ahora? ¿Solamente ahora? ¿Y qué me dice de estos treinta años? ¿Ninguna vez recordó mi amenaza, ninguna vez pensó que yo la cumpliría, aunque pasaran treinta años?

—No he recordado nada de eso. Francamente, Audric, te había olvidado. No fuiste más que una pieza de mi peor trabajo.

Charles Audric había palidecido tan intensamente que ahora parecía no tener la menor gota de sangre en todo su cuerpo. Hasta sus manos se veían blanquísimas, apretando el respaldo de la silla.

—Me había olvidado... —jadeó—. ¡Treinta años metido en la cárcel por su culpa, y usted me había olvidado!

—Metí a muchos como tú en la cárcel. ¿Por qué acordarme precisamente de ti? ¿Qué tenías tú de especial?

—¡Juré que le mataría al salir!

—Eso lo juraron muchos... —Volvió a sonreír el viejo *intocable*—. Si hubiéramos tenido que hacer caso de esas amenazas, habría sido imposible continuar adelante. Empezando por Ness y terminando por mi modesto grupo de Milwaukee, todos fuimos amenazados de muerte casi diariamente. Todos: Alberson, Collier, Leman y yo. Todos los *intocables*... ¿Te pareció que alguna vez hacíamos caso de las amenazas de tipos como

tú?

—Usted... sigue despreciándome...

—Te tengo lástima, Audric. Treinta años en la cárcel, pensando solo en salir para matar a una persona, han tenido que ser un auténtico infierno para ti. Me das lástima, eso es todo. ¿Qué es lo que quieres ahora? ¿Matarme? ¿Acabar con la vida que queda en unos despojos reumáticos? ¿Eso es lo que te ha mantenido vivo? ¿Eso es lo que ha alimentado tu cerebro y tu cuerpo durante treinta años? Pues bien: hazlo. ¿Qué estás esperando?

Charles Audric saltó torpemente hacia Baylin y le arrebató la pistola, apuntando con ella a Betjeman. La mano le temblaba visiblemente, y sus ojos se habían entornado; sólo un destello negro aparecía entre sus párpados.

Durante unos segundos, estuvo apuntándole, mientras el anciano se iba irguiendo más y más. Estaba arrugado, postrado por el reuma y la edad, pero se erguía más y más, mientras en sus ojos iba concretándose un destello ardiente, vigoroso. Delbert Kilgore sólo le había mirado a él un instante. En seguida, toda su atención se concentró en Charles Audric, mirándole fijamente a los ojos, a aquel destello negro, rebosante de odio, mientras sus grandes manos se crispaban ligeramente. Aquellos segundos fueron de gran tensión para todos. Pero, al fin, muy despacio, Audric comenzó a bajar la mano armada.

—No... —musitó roncamente—. No va a ser tan fácil, *intocable*. No así. Nadie espera treinta años para ahora apretar un gatillo, simplemente. Ésos no son mis planes. Tendré paciencia. Pero, de momento, me puedo permitir pequeñas satisfacciones...

Se acercó a Betjeman y, de pronto, con la pistola, le golpeó en la pierna que el anciano tenía sobre el taburete. El *intocable* lanzó un aullido, palideció, sus ojos giraron mostrando tan sólo la córnea... y todavía se estaba desmayando cuando Delbert Kilgore saltó hacia Audric, con un gesto impecable, como si lo hubiese estado preparando toda la vida. Fue un encontronazo tremendo, en el que, obviamente, Charles Audric llevó la peor parte. Salió disparado hacia atrás, gritando, soltando la pistola; pasó por encima de una silla, la derribó con él, rodó por el suelo... Kilgore desvió la potencia de su trayectoria hacia la pistola caída en el suelo, con un simple giro de cintura. Se inclinó, sus dedos se crisparon en el arma... y uno de los pies de Baylin cayó sobre ellos, aplastándolos contra la pistola y contra el suelo.

Sorpresa y pasmo general: Delbert Kilgore, a pesar de tener la mano machacada contra la pistola y el suelo, subió cuanto pudo la muñeca, colocó su mano izquierda debajo y, con ambos brazos, dio un impulso hacia arriba, fortísimo. Tan fortísimo que Baylin salió volando, igual que un titiritero enviado hacia arriba por un compañero, para que efectúe el

mortal de espaldas. Fue una escalofriante demostración de poder físico, que hizo subir casi hasta el techo a Baylin, chillando, manoteando, intentando conservar el equilibrio vertical, al menos... Ni siquiera eso pudo conseguir: mientras caía, fue venciénzose hacia atrás de modo que, prácticamente, cayó de espaldas, en un batacazo tremendo, que hizo temblar todo el piso de madera.

Entonces, Kilgore acabó de empuñar la pistola y se volvió como un relámpago hacia donde estaba Wilder... Es decir, hacia donde éste había estado. En definitiva, Wilder resultó ser el más astuto de todos: en lugar de atacar a Kilgore, o disparar contra él, había saltado hacia Julie, y cuando Delbert lo vio, el pistolero tenía asida a la muchacha por los cabellos, forzando la cabeza hacia atrás, y la punta de su pistola se apoyaba en la nuca femenina.

—¡Quieto! —ordenó Wilder—. ¡Más vale que lo piense!

Delbert Kilgore no lo pensó demasiado; dejó caer la pistola y se pasó la lengua por los labios. Audric se había puesto en pie, y Baylin estaba haciendo lo mismo, gimiendo, pálido como un muerto. Kilgore se quedó inmóvil, con la pistola a sus pies, y la sangre goteando por sus dedos despellejados.

Charles Audric fue quien recogió la pistola de Baylin y se acercó a Kilgore, mirándole torvamente, relucientes de furia sus ojos. Se quedó delante de él, siempre mirándole fijamente. Y de pronto, alzándose sobre las puntas de los pies, le golpeó en la frente, sobre el ojo derecho, utilizando la pistola. Fue un trastazo tan lógicamente formidable que el reciente granjero retrocedió, casi cayendo de espaldas por el impulso dado tan brutalmente a su cabeza. Baylin, que se acercaba por detrás, le recibió con un espantoso puñetazo doble en los riñones, derribándolo por fin hacia delante, de bruces. Aullando, el pistolero se abalanzó contra Kilgore y comenzó a golpearle con los pies en el vientre y en los costados, como enloquecido...

—¡Ya basta! —ordenó Charles Audric—. ¡No quiero que nadie muera todavía, Baylin! ¡Te digo que basta!

Jadeando, el pistolero quedó con un pie en alto. Lo bajó, se pasó una mano por la boca y se alejó, mascullando palabrotas referentes a la familia de Delbert Kilgore, que permaneció en el suelo, de bruces, pero sin emitir el más leve gemido.

Audric sacó un pañuelo y limpió cuidadosamente la pistola, quitando las pequeñas gotas de sangre... y sus huellas dactilares. La devolvió a Baylin y señaló a Kilgore, que se estaba poniendo en pie, lleno el rostro de la sangre que brotaba de su ceja derecha partida.

—Buscad algo con qué atarlo —murmuró—. Y aseguraos de que lo hacéis bien. Ya le ajustaremos las cuentas cuando llegue el momento. Por ahora, es suficiente. No olvidéis mis planes: nada de matar a nadie hasta

que llegue al momento.

Se acercó al hogar y tiró el pañuelo sobre los troncos. Al volverse, se quedó mirando a Julie, que, tras convencerse de que su abuelo se había desmayado simplemente, estaba ayudando a Kilgore a llegar a un sillón, gimiendo:

—No... no debió hacerlo, Delbert... ¡Han podido matarlo!

—Vaya a buscar una cuerda para atarlo... —dijo Audric—. Ve con ella, Wilder.

Los dos fueron hacia la cocina, de donde regresaron llevando Wilder un rollo de hilo eléctrico, y la muchacha un pequeño botiquín de madera, que debía haber estado colgado en la pared. La pelirroja señorita Epton estaba tan asustada y desconcertada que parecía incapaz de reaccionar. Vincent Betjeman continuaba desmayado, caída la cabeza sobre el pecho. Audric y Baylin vigilaban atentamente a Kilgore, que permanecía sentado, impávido, sin hacer el menor caso a la sangre que se deslizaba por su rostro, ni a la que goteaba de sus dedos pisados salvajemente.

Julie se dedicó inmediatamente a limpiarle la sangre de la cara, para colocarle luego un apósito adhesivo que protegía el corte en la ceja; el ojo de Delbert Kilgore comenzaba a hincharse visiblemente. Luego, tras limpiar también la mano, se la vendó. Y, por fin, se le quedó mirando, turbada.

—Lo siento, Delbert —musitó.

—No importa —dijo Kilgore.

—¿Delbert? —Frunció el ceño Audric—. Ahora que caigo, ¿quién es este hombre?

—Es un empleado de mi abuelo. Trabaja en la granja.

—¿Sí? Pues algo no marcha bien aquí. Según mis informes, el empleado de su abuelo se llama Lyn Ullman. ¿Dónde está?

—Se fue. Se despidió.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

—¿Y ya está aquí este hombre?

—No. Llegó poco después. Mi abuelo no puede atender la granja, así que lo contrató.

Charles Audric estuvo unos segundos con el ceño fruncido, sin dejar de mirar a Kilgore.

—Quiero ver su documentación —dijo de pronto, entornando los ojos—. Baylin, regístralo. Pero antes, atadlo. No quiero más complicaciones.

Wilder mantuvo a raya con la pistola a Kilgore, mientras Baylin lo ataba con un largo trozo de alambre eléctrico forrado de plástico, con las manos a la espalda. Luego le registró y le fue colocando todo sobre la mesita de centro: monedas, cigarrillos, encendedor, una billetera con setenta y dos dólares, permiso de conducir, tarjeta de identidad...

—Abogado... —exclamó Audric al leer esta última—. ¿Es usted abogado, Kilgore?

—Eso parece.

—¿Y está trabajando en una granja?

—Es que no hay cerdos. No los había, hasta ahora, al menos.

Baylin adelantó un paso, amenazadoramente, pero Audric lo detuvo con un gesto.

—Es sorprendente, ¿no le parece? Un abogado trabajando en una granja... ¿Por qué?

—Me gusta más que ser abogado.

—¿No ejerce?

—No. Prefiero viajar, a pie o en autobús, o en *auto-stop*, y verlo todo..., empezando por el sol.

Audric parecía desconcertado. Pero, de pronto, se echó a reír.

—¡Un abogado! —exclamó—. Magnífico... Apuesto a que me será útil cuando llegue el momento, Kilgore. ¿Sabe dar consejos?

—Sí. Pero no mejores que el que le dio el señor Betjeman: ¿por qué no se marcha? Se está metiendo en un gran lío, señor Audric.

—Lo sé... Lo sé, lo sé. Pero espero salir con bien de él. No se preocupe por eso... —sonrió, mirando su reloj, y frunció el ceño entonces—. Se están retrasando.

—Kenna vendrá —aseguró Wilder.

Audric asintió con la cabeza y quedó pensativo, mirando de uno a otro de sus prisioneros. El que peor lo había pasado era Kilgore, aunque tampoco había que despreciar el mal rato del viejo *intocable*, que continuaba sin sentido. Ciertamente, recibir un golpe de pistola en una articulación reumática era más que suficiente para derrumbar a cualquiera.

—¿Estáis seguros de que la chica dio bien el recado por teléfono? —señaló a la pelirroja.

—Seguros. Lo oímos todo muy bien. Ella llamó a su novio, le dijo que un amigo de ella pasaría a recogerle en Central Park, y que le llevaría adonde ella le estaría esperando, pero que no dijera nada de esto a nadie. El tal Pilkington aceptó, después de hacer algunas preguntas que ella no contestó, tal como le ordenamos. Deben estar al llegar.

Charles Audric volvió a mirar su reloj, un poco inquieto.

—Bien... Esperaremos.

MEDIA hora más tarde, la situación seguía igual en la casa de los Betjeman, a excepción de que éste había recobrado el conocimiento hacía ya rato. Charles Audric consultaba su reloj cada vez con más frecuencia y evidente nerviosismo. Wilder y Baylin, hosclos, parecían tomarse las cosas con más calma. Sin duda, tenían más confianza que Audric en el hombre llamado Kenna. Julie le había explicado a su abuelo el motivo de que Kilgore tuviese la mano vendada y el ojo hinchado, casi oculto bajo el párpado protegido por el apósito. El viejo *intocable* había fruncido el ceño al enterarse de lo sucedido, pero no comentó nada. La pelirroja, igual que una muñequita, permanecía inmóvil, pálida; de cuando en cuando parecía sumirse en desconcertantes pensamientos que no acababa de comprender.

—Mi peor trabajo... —musitó de pronto Betjeman—. La verdad es que no quedé orgulloso de él, Audric. Y para serte sincero, jamás he podido olvidar aquel fracaso mío.

—¿Fracaso? —Respingó Audric—. ¿Me metió treinta años en la cárcel... y dice que eso fue un fracaso?

—Sí. Fue un fracaso que todavía no me deja descansar tranquilo, Audric. Te había olvidado a ti de un modo inconsciente, pero no el asunto. Cuando me obligaron a retirarme, aún tenía esperanzas de que algún día solucionaría aquel caso.

—Quizá todavía esté a tiempo de conocer la solución —rió de pronto Audric.

—¿La solución... sobre lo que pasó con aquel millón y medio de dólares?

—¿Por qué no? —volvió a reír el ex presidiario.

—¿Los escondiste en algún sitio?

—Quizá —rió aún más fuertemente Charles Audric.

—No tuviste tiempo. Lo sé.

—¿Qué pasó, señor Betjeman? —preguntó de pronto Kilgore—. ¿Por qué este hombre le odia tanto? Bueno, ya sé que fue condenado a treinta años de cárcel, entiendo que usted fue quien lo detuvo, pero..., ¿qué pasó exactamente?

—Cuénteselo... —sugirió Audric—. El muchacho es abogado. Debe ser inteligente. Quizá le ayude a encontrar la solución, *intocable*.

—Sólo tú conoces la solución, ¿no es eso? —murmuró Vincent—. Por eso estás tan seguro, tan... contento. Sé que no tuviste tiempo de esconder el dinero y que ninguno de tus hombres pudo esconderlo tampoco. Os cazamos a todos...

—No, no, no... Así, no, señor Betjeman —cortó Audric—. Empiece por el principio, que el muchacho le entienda. Veamos, eso fue en la noche del

seis de octubre de mil novecientos treinta y nueve. ¿Fue ésa la fecha?

—Sí... Desde luego.

—Siga, siga... A ver si es cierto que su memoria todavía es buena, a sus setenta años. Adelante.

—Seis de octubre de mil novecientos treinta y nueve, sí... Tú y tus hombres habíais asaltado un furgón del First National Bank, que llevaba un millón y medio de dólares...

—Exactamente, un millón quinientos ochenta y un mil doscientos veinte dólares —aclaró Audric, sonriendo fríamente.

—Bien... Sé que no pudisteis esconderlos... Os íbamos pisando los talones. Cuando os alcanzamos, estabais acorralados. Habíais matado a uno de los guardias que custodiaban el envío, de modo que sabíais que la cosa estaba muy mal para vosotros. Por tanto, decidisteis no rendiros. Estuvimos tiroteándonos un buen rato en aquella carretera... Por fin, sólo quedaste tú con vida. Tus cuatro compinches habían muerto. Nosotros teníamos heridos a Collier y a Leman. Collier estuvo muy mal, a las puertas de la muerte... El gran Clinton Collier. Un compañero magnífico, que pudo haber muerto entonces...

—Pero no murió. Y todavía está vivo, señor Betjeman. Quizá más adelante me ocupe de él. Usted y él son los únicos que quedan de su maldito grupo.

—No era un grupo maldito... —sonrió con alegre nostalgia Vincent Betjeman—. No... No era un grupo maldito, Audric. Fuimos un gran grupo de buenos amigos, todos dispuestos a dejar hasta la última tira de piel sirviendo a la Ley. Sí... Sólo quedamos Clinton Collier y yo. Y me pregunto por qué no nos hemos visitado uno a otro durante los últimos años. Supongo que él también debe estar muy viejo, arrugado. Lo cual —rió quedamente el viejo *intocable*— sería en verdad divertido; haríamos una gran pareja Clinton y yo, ahora. Era el más alto y fuerte de nosotros, y recuerdo que tenía una sonrisa fantástica. Cuando sonreía, sonreía con toda la cara, con los ojos, la boca... Leman decía que Clinton sonreía incluso con las orejas...

—No divague, señor Betjeman.

—Bien... Decía que tus cuatro compañeros habían muerto y que nosotros teníamos heridos a Leman y Collier. Ya no se oían disparos. Alberson estaba ocupado conteniendo la hemorragia de Collier, y yo empecé a pensar que quizá estabas siendo más listo que nosotros. De modo que rodeé la posición que tú y los tuyos habíais ocupado, para pillaros por la espalda... Cuando llegué allá, sólo vi cadáveres, metidos en aquella especie de acequia, que parecía una trinchera. Tú no estabas, Audric... Pero te encontré muy pronto, huyendo a campo través. No quisiste detenerte, y te metí una bala en la pierna... De esto no estoy seguro. ¿No sería a «Big» Menatello...?

—Fue a mí —informó sombríamente Audric.

—Ah... Bien, pues fue a ti. Te llevé prisionero. Pero el dinero no apareció en vuestro coche. Ni en ninguna parte. Más de cien policías y yo lo estuvimos buscando luego, durante toda la noche y el día siguiente, a los lados de la carretera, por si lo habíais tirado durante la marcha. Pero no... No. Y un millón y medio de dólares en sacas no era un alfiler, que podía perderse en cualquier sitio. Si lo hubierais tirado fuera del coche, lo habríamos encontrado. Fuiste juzgado y, como se comprobó que tu pistola no había sido la utilizada para matar al guardia del furgón del Banco, te libraste de ser ejecutado. Debieron condenarte a cadena perpetua, Audric, pero... fueron clementes. Quizá porque esperaban convencerte con ello de que dijeras dónde tenías el dinero. Pero jamás lo dijiste. Fuiste interrogado una y mil veces, pero nunca lo dijiste, ni siquiera bajo promesas de reducción de condena. ¿Por qué, Audric? ¿Crees que ha valido la pena? ¿Qué esperas de la vida?

—Poca cosa... —musitó Audric—. Pero al menos disfrutaré de ese dinero ahora.

—¿Lo tienes escondido en alguna parte?

—Algo parecido —rió el ex presidiario.

—Imposible... No pudiste esconderlo en ningún sitio. Tampoco lo tirasteis fuera del coche. Tuvisteis pequeños contratiempos al cometer el asalto, y fuisteis localizados pronto por coches de la Policía... Cuando intervenimos nosotros, sabíamos exactamente la ruta que seguíais saliendo de Milwaukee. Y toda esa ruta fue concienzudamente registrada. ¿Dónde pudisteis esconder el dinero?

—Le voy a dar una pista —volvió a reír Audric—. Durante estos treinta años, esos dólares me han estado produciendo intereses. ¿Le ayuda esto?

—¿Intereses? No. No me ayuda...

—Quizá los ingresó en un Banco —sonrió secamente Kilgore.

—Algo parecido... —Le miró vivamente Audric—. Algo parecido, muchacho.

—¿En un Banco? Es absurdo... Además, no tuvisteis tiempo de nada... ¡De nada! Posteriormente, todos vuestros amigos, todas las personas relacionadas de un modo u otro con vosotros, fueron detenidos, interrogados... Nadie sabía nada. Ni una palabra. Durante un tiempo, todos fueron vigilados, controlados...

—Pero el dinero no apareció.

—No. Volvimos a visitarte en prisión, haciéndote nuevas ofertas, pero seguiste negándote. Decías que no sabías nada de ese dinero, que no lo habías robado. De no haber sido porque la bala que mató al guardia quedó identificada como perteneciente a la pistola de uno de tus hombres, casi habríamos tenido que creerte. Pero sabíamos que os habíais llevado el dinero.

—Naturalmente. Y yo sabía que jamás lo encontrarían. Jamás. ¿Por qué decírselo? ¿Qué habría ganado con ello? ¿Unos años menos de cárcel? Quizá hubieran cumplido su promesa, Betjeman... Quizá. Pero, al salir de prisión, yo no habría tenido millón y medio de dólares... con sus intereses.

—Si ese dinero está produciendo intereses, es que no está escondido —murmuró Kilgore—, sino en poder de alguien que durante estos treinta años lo ha estado utilizando en... negocios, sean sucios o limpios.

—¡Negocios limpios! —rió una vez más Audric—. En estos momentos, mi capital debe rebasar los tres millones y medio de dólares.

—¿Y quién se ha encargado de eso? ¿Un cómplice? —murmuró Betjeman.

—¡Evidentemente!

—No... No, no. Todos vuestros amigos fueron interrogados, vigilados, amenazados... Erais sólo vosotros cinco, Audric.

—¿Eso piensa? Pues está bien claro que alguien se quedó con el dinero, ¿no?

—No sé... ¿Estás diciéndome que durante treinta años has dejado que una persona disfrute de ese dinero, mientras tú estabas en la cárcel?

—¿Por qué no? Esa persona ha estado disfrutando de mi dinero, en efecto, pero... ¿qué habría ganado yo si lo hubiera delatado? Lo habrían detenido, habrían recuperado el dinero y ahora yo sólo sería un ex presidiario muerto de hambre. Preferí que mi cómplice disfrutase de ese dinero y que, al salir, me lo devolviese... con unos intereses satisfactorios.

—¿Quién fue ése cómplice? —inquirió Betjeman, con vivo interés.

—Una persona intachable, que por entonces pasaba ciertos apuros en sus... grandes negocios.

—¿Quién?

—Una persona —volvió a reír Charles Audric.

—Estás... intentando burlarte de nosotros, Audric... —musitó el viejo *intocable*—. Vuestro coche fue identificado, todo quedó acordonado, estuvisteis controlados prácticamente en todo momento...

—Menos durante unos cuantos segundos.

—¿Tirasteis el dinero, todas las sacas, fuera del coche? No lo creo. Alguien os habría visto, alguien habría visto a vuestro cómplice recogiendo las sacas y metiéndolas en otro coche... Imposible.

—Le gustaría resolver el caso, ¿eh? Y saberlo todo, y detener al cómplice... ¿Sabe cuál era el plan, señor Betjeman? Asaltar el furgón, llevamos el dinero, desembarazarnos de él en la forma prevista y seguir paseando por la ciudad, precisamente metiendonos de lleno en las garras de la Policía. No habrían encontrado ni un solo billete de los robados, no habrían podido probar que habíamos sido nosotros... Pero la muerte de aquel guardia, que quiso defender un dinero que no era suyo, lo echó a perder todo. Habíamos cometido un fallo y tuvimos que intentar la huida

hacia Canadá. Lástima...

—¿Quién fue el cómplice, Audric? ¿Cómo lo hicisteis?

—Estaba todo tan bien planeado... ¡Y si no hubiese sido por usted, yo habría podido escapar, y habría pasado estos treinta años gozando del dinero, en lugar de estar pudriéndome allá dentro...!

—Llega un auto —dijo Baylin, colocado junto a la ventana.

—¡Ése debe ser Kenna! —exclamó Wilder—. ¡Ya le dije que él llegaría sin novedad, señor Audric!

Éste se acercó a la ventana, colocándose junto a Baylin, que mostró de pronto una expresión hosca.

—Ése no es el coche de Bernard —musitó.

—¿No es el coche de Kenna? —Se sobresaltó Audric—. ¿Estás seguro?

—¡Claro que estoy seguro! Bernard tiene un «Dodge», y eso es una camioneta.

Charles Audric se volvió hacia Betjeman, relampagueantes los pequeños ojos negros.

—¿Está esperando a alguien, señor Betjeman? —indagó.

—No.

—Tenga mucho cuidado con lo que dice. No quiera pasarse de listo conmigo. ¿Algún amigo, o vecino...?

—Puede que sea algún amigo, o algún vecino, Audric. Pero no estoy esperando a nadie. Su llegada, en todo caso, será casual, o la habrá decidido a última hora.

Afuera se veían ya las luces del vehículo que llegaba y, claramente, el sonido del motor.

—Wilder —ordenó Audric—: colócate detrás de la nieta de Betjeman otra vez. ¿Lo entiende, señor Betjeman? Si alguien dice o hace algo que pueda complicar las cosas, habrá jaleo, sin duda. Y quien antes caerá, con la cabeza llena de balas, será su nieta... ¿Lo entiende?

—Lo entiendo —palideció Betjeman.

Se oyó el frenar del coche y luego unos segundos de silencio, hasta que Baylin informó:

—Son dos hombres... Permanecen dentro de la camioneta. Han encendido la luz interior y están mirando... un mapa. ¡Van a salir del coche! Hey... En la parte de atrás llevan dos perros...

—Son cazadores... —suspiró Betjeman—. Alguna vez vienen por aquí a hacer preguntas, Audric.

—Vienen hacia la casa. Van a llamar —dijo rápidamente Baylin.

—Tú mismo, llévate al abogado a la cocina, Baylin. Mantenlo a raya. No quiero que le vean golpeado. Permanece alerta. Yo abriré la puerta y usted, señor Betjeman, abra la boca sólo si es necesario. ¿De acuerdo?

El viejo *intocable* estaba asintiendo con la cabeza cuando sonó la llamada a la puerta. Baylin se retiró, empujando por delante a Delbert

Kilgore, cuyo ojo derecho se había hinchado definitivamente, de un modo brutal, aparatoso. Audric abrió la puerta y todos pudieron ver a los dos hombres que había en el porche, frotándose las manos. Llevaban gruesas cazadoras de paño, botas altas y gorros de montaña, con orejeras que todavía no utilizaban. Dos tipos altos y fuertes, jóvenes, risueños. Parecían divertidos por el intenso frío del exterior.

—Buenas noches... —saludó uno de ellos—. Perdonen la molestia, pero temo que nos hemos extraviado un poco. ¿Podrían indicarnos...? ¡Demonios, qué fuego tan formidable!

Se quedó mirando el hogar, donde los troncos ardían con llama corta, viva.

—Pasen... —dijo Betjeman—. Y caliéntense un poco, si lo desean.

—Gracias... Muy amable, señor... —Entraron los dos, y Audric, tras cerrar la puerta, se quedó mirando significativamente a Betjeman—. ¡Brrr...!

Llevamos calefacción en la camioneta, claro, pero fuera de ella nos congelamos. Hace mucho frío por aquí.

—Caliéntense un poco, si lo desean... —sonrió Betjeman—. Les invitaría a café, pero estamos en una reunión familiar, resolviendo algunos asuntos.

—Oh... Comprendo, sí, señor. Parece que hemos llegado inoportunamente, pero nos iremos en seguida... ¡Pero qué fuego más rico!

Extendió las manos hacia él, resoplando. El otro cazador, que había quedado unos segundos como embelesado mirando a Julie y a la pelirroja, reaccionó al fin:

—Es la primera vez que venimos a cazar por aquí... —aclaró—. Normalmente, vamos siempre desde Bridgeport a Woodbury-Southbury, cerca de Pomperang, mucho más arriba. Pero esta semana nos ha asegurado un amigo que por estos lugares hay caza abundante, y hemos querido conocer el sitio.

—Hay muy buena caza... —admitió Betjeman—. Pero un poco más arriba. También hay pesca, en el Norwalk River.

—¡Nada de pesca, nada de pesca...! La caza es más... activa. Nos pasamos la semana en un despacho, en Bridgeport, y no vamos a ir a sentarnos ahora a la orilla de un río. Además, hace demasiado frío para eso. Es mejor caminar por el monte... Pero antes tendremos que dormir, y ese amigo nos dijo que más arriba de Cannondale había un pequeño albergue para cazadores donde se estaba magníficamente.

—Pues esto no es un albergué —musitó Audric.

Los dos hombres se le quedaron mirando. Luego, sonrieron suavemente. Sin duda, eran mucho más educados que Charles Audric.

—Bien... No queremos molestarles más. Hemos estado mirando el mapa, pero nos hemos hecho un lío. Sólo queríamos preguntarles si saben

dónde está ese albergue. Nos dijeron que era propiedad de un tipo muy pintoresco llamado... llamado... Tampoco recordamos el nombre...

—¿«Matámoscas» Barrows? —sonrió Betjeman.

—¡Exacto! Vaya, no hay manera de que nos acordemos de ese sobrenombre. ¡Y es bien fácil de recordar!

—Conozco hace años a «Matamoscas» —sonrió de nuevo Betjeman—. Lo llaman así porque ha cazado tanto que se asegura que sólo puede haber matado moscas, pues no existen en todo el mundo tantos animales de otras clases como él asegura haber cazado. Es famoso en todo Connecticut, y hasta en Nueva York... Pero su albergue queda bastante más arriba, como a unas ocho millas. Lo mejor es que regresen a la Nacional Siete y sigan hacia arriba. Tomen luego el primer desvío a la izquierda y un par de millas más allá encontrarán el albergue.

—Vaya... ¡Estupendo! Pues nos vamos inmediatamente. Se lo agradecemos mucho, señor. Oiga —guiñó un ojo hacia las dos muchachas—: está usted muy bien acompañado, ¿eh?

—No seas impertinente, Conrad. Y vámonos: estamos molestando.

—Estás molestando tú, querido David, pero... Oh, está bien, vámonos.

—Si quieren tomar un trago de *whisky*... —ofreció Betjeman.

—No, no... *Whisky* llevamos en la camioneta. Además, sólo faltan ocho millas hasta el albergue. Tomaremos café allí. Gracias de nuevo, y perdonen las molestias. Buenas noches.

—¡*Ciao!* —se despidió e sonriente Conrad, agitando una mano hacia las muchachas.

Charles Audric se apresuró a abrirles la puerta y permaneció allí hasta que los dos cazadores se alejaron en la camioneta. Cerró, miró pensativamente a Betjeman y acabó encogiendo los hombros.

—Se ha portado bien, señor Betjeman.

—¿Qué otra cosa querías que hiciera? En cambio, tú has sido una pizca descortés. Eso no es frecuente por estos lugares. Vienen muchos cazadores y pescadores, y siempre son bien recibidos.

—Yo no llevo viviendo aquí treinta años —gruñó Audric, rencorosamente.

Baylin regresó con Kilgore y éste se sentó en el mismo lugar de antes. Audric volvió a consultar su reloj, impaciente.

—Podríamos continuar la conversación... —propuso Betjeman, con cierta ironía—. Si te distraes te calmarás un poco. No quisiera que perdieras el control de los nervios, Audric.

—Es poco probable que eso ocurra —replicó fríamente Audric—. He estado treinta años esperando, pensando en todos los detalles, para dejarme llevar por los nervios ahora.

—Mejor para todos, entonces. Esperemos que todo te salga bien, y que ese Kenna aparezca oportunamente.

—¿Por qué no ha de aparecer? ¿Qué quiere decir?

—Sólo me estoy preguntando si has tenido en cuenta que al salir de la cárcel quedaste bajo vigilancia. Es posible que a Kenna le haya... ocurrido algo.

—¿Me está provocando? —exclamó incrédulamente Audric.

—Todo lo contrario —susurró Betjeman—. Estoy tratando de decirte que quizá las cosas no están saliendo como tú quieres, Audric. La ausencia del tal Kenna podría ser el primer detalle. ¿No comprendes que apenas salir de prisión debieron vigilarte? A estas horas es posible que sepan dónde estás y qué estás tramando. Eso significaría que si haces algo... indebido, la Ley volverá a caer sobre ti. ¿No lo habías tenido en cuenta? A todos los efectos, eres un hombre que sabes dónde hay un millón y medio de dólares escondidos.

CHARLES Audric no contestó, de momento. Durante los segundos de silencio, estuvo mirando fijamente, con sorna, al viejo *intocable*. Por fin sonrió despectivamente.

—Tuve muy en cuenta eso, señor Betjeman. Y, en efecto, al salir de la prisión quedé inmediatamente vigilado. Sin embargo, conseguí burlar esa vigilancia.

—Eres un iluso —murmuró Betjeman.

—Le aseguro que no. ¿Debo repetirle que durante treinta años he tenido tiempo de planearlo todo a la perfección? Naturalmente que sabía que me pondrían vigilancia, que querrían saber qué hacía, adonde iba, con quién me veía... ¡Claro que lo sabía! Y lo arreglé todo, detalle por detalle. Un... amigo de la cárcel pasó mis instrucciones al hombre que él consideró apropiado: Bernard Kenna. Y todo está saliendo bien. He burlado la vigilancia, puede estar seguro.

—Entonces es que la Policía de ahora es más tonta que la de antes.

—Quizá —rió Audric—. O que yo soy mucho más listo que antes, o que he tenido mucho tiempo para prepararlo todo. Además, asómbrese, no he burlado a la Policía, sino al F. B. I.

Vincent Betjeman quedó estupefacto un instante. Luego soltó una risita seca, sarcástica.

—¡Estás loco, Audric! ¡Un pobre *gangster* barato como tú, no podrá engañar jamás al F. B. I.! Y más, después de haber estado treinta años fuera de circulación.

—¿Quiere asustarme? Le entiendo, señor Betjeman... Usted quiere que yo me asuste, que no le haga daño a nadie, bajo el temor de que el F. B. I. me tenga localizado. Pero no... No es así, lo sé bien. Todo salió como yo preparé desde dentro de la cárcel. Abandone toda esperanza. En cuanto a esos treinta años que he estado fuera de... circulación, no ha sido así exactamente. En la cárcel he leído los periódicos, libros que hablaban de la Policía y muchos especializados en el fabuloso F. B. I. Conozco bien al actual Bureau of Investigation. Son los descendientes de ustedes, los *intocables* de entonces... Puedo explicarle toda la historia del F. B. I., desde que empezó modestamente, con el nombre de Bureau of Investigation, hasta hoy mismo, o poco menos. Se puede decir que lo hacen todo: contraespionaje, drogas, raptos, robos, asaltos, asesinatos... Cada día se utiliza más al F. B. I. ¿Hay un robo que no puede resolver la Policía? ¡Pues se llama al F. B. I.! ¿Algún asesinato tan misterioso que la Policía se pierde en divagaciones? ¡El F. B. I. interviene! Ha ampliado mucho su campo de acción, sus agentes son entrenados concienzudamente en Quántico y en cincuenta escuelas filiales más, repartidas por todo el país. Ya no son unos

cuantos grupos de hombres con agallas solamente, sino una organización increíble, poderosísima. Tiene Delegaciones en todo el país, en Puerto Rico, en Alaska, en Hawai... Y *Post-liaisons*, o sea, oficinas de enlace, en muchos países: Canadá, España, Francia, Inglaterra, Italia, Panamá... Oh, vamos... ¿De verdad piensa que estoy haciendo las cosas a ciegas, señor Betjeman? ¿Supone que treinta años de cárcel no es suficiente escarmiento por haber cometido un pequeño error? No más fallos. Tengo cincuenta y ocho años. Quizá viva hasta los ochenta... ¿Por qué no? En la prisión no nos tratan mal, comemos bien, dormimos incluso más de lo necesario, tenemos buenos médicos que nos examinan periódicamente, hacemos ejercicio, aprendemos cosas... Sí, quizá yo viva hasta los ochenta años. Eso significaría que, durante veintidós años, puedo vivir en algún hermoso lugar del mundo, disfrutando de mi dinero. ¡Veintidós años de libertad y de riqueza! ¿Cree que he dejado el menor detalle suelto? ¿Lo cree realmente?

—Parece que algo has cambiado, Audric.

—¡Ya se lo dije antes! ¡Es imposible que seamos los mismos hombres que hace treinta años nos liamos a tiros en una sucia carretera! Todo cambia, inevitablemente. Mi mente se ha despejado... Lo tengo todo preparado: cuando me marche de aquí, mis asuntos de dinero estarán solucionados, y nadie podrá detenerme. Una avioneta me está esperando, no muy lejos, escondida en un granero. Iré a Canadá, donde otro amigo mío que estuvo en la cárcel acompañándome durante siete años, lo tiene todo listo; documentación falsa, pasaporte, dinero para el momento, sistema de desplazamiento a Europa, por el momento... Señor Betjeman, métase esto en la cabeza de una vez: todo está previsto. Y todo va saliendo como yo lo previne y calculé. Cuando yo me marche de esta granja, todo habrá terminado, todo habrá salido bien. No lo dude más.

—¿Te marcharás de aquí con más de tres millones de dólares?

—¿De verdad piensa que estoy loco? Me marcharé de aquí con unos cuantos billetes de poca cuantía. Lo justo. Pero, dentro de poco, en Europa, recibiré una transferencia, en un Banco suizo.

—¿Te la enviará tu cómplice?

—¡Por supuesto! Sólo hay que arreglar bien las cosas, aclararlas, organizarlas en los últimos detalles al respecto. Pero eso se hará aquí, usted podrá oírlo y verlo todo.

—Todavía no me has dicho quién fue tu cómplice, ni cómo se pudo quedar con las sacas que contenían el dinero. Sigo diciendo que fue imposible que alguien las recogiera después de lanzarlas fuera del coche tú y tus amigos.

—¡Pues bien, se lo voy a decir! ¡No tiramos las sacas fuera del coche!

—Imposible... El coche fue prácticamente desmontado, pieza a pieza... Se quitaron los neumáticos...

—¡No diga más tonterías! ¿Aún no lo ha comprendido? ¡Cambiamos de coche!

Vincent Betjeman quedó lívido.

—¿Cambiasteis... de coche? —musitó roncamente.

—¡Exactamente eso hicimos! En un callejón había un coche idéntico esperándonos, incluso con la misma matrícula. Un poco antes del coche, un viejo almacén, de grandes puertas, que mi cómplice abrió en cuanto vio aparecer nuestro coche. Sólo tuvimos que meter el coche en aquel almacén, salir corriendo, subir al otro y proseguir nuestra marcha. Mi cómplice se llevó luego el dinero y el coche y tiró éste al mar, por un acantilado. ¿Lo comprende ahora? Y si no hubiese sido por la muerte de aquel guardia, no habríamos continuado huyendo, sino que nos habríamos dejado atrapar. ¿Qué habrían podido hacernos? El asalto lo habíamos llevado a cabo ocultándonos los rostros, no teníamos el dinero en el coche, nadie lo podría encontrar en el camino que habíamos recorrido... ¡Pero aquel estúpido disparó contra el guardia, se puso nervioso! Luego todo salió mal...

—Dos coches... ¡Dos coches iguales! Y nosotros no sospechamos nada semejante...

—¿Por qué supone que siempre han de ser los más listos? Les pasó lo mismo que a los del F. B. I. ahora. Durante cuatro semanas les he dejado que me vigilaran. He llevado una vida tranquila, modesta, he pedido dinero a viejos amigos que ahora no tienen nada con la Ley... Normal. Todo normal. Y, de pronto, desaparezco. Fui más listo que ustedes una vez... ¿Por qué no dos? ¿Por qué no mil?

Delbert Kilgore miró con ceñuda sonrisa al viejo *intocable* y comentó:

—Parece que los federales actuales tampoco están en órbita, señor Betjeman. Casi podríamos decir, si tenemos en cuenta los grandes medios de que disponen, que su fracaso en este asunto es aún más estrepitoso que el de ustedes, los *intocables*.

—No puede ser... —murmuró el anciano—. No puede ser. Deben... estar empleando... otros medios más sutiles... He seguido paso a paso la trayectoria del Departamento. Algo deben estar haciendo...

—No me diga que los admira... —refunfuñó Kilgore—. Qué demonios, yo prefería que ahora estuviésemos en los tiempos de *Los Intocables*. Al menos podríamos tener la esperanza de que de un momento a otro podrían aparecer por aquí, metralleta en ristre, y cargarse a toda esta gente y sacarnos del apuro...

—No diga más tonterías, Delbert —gruñó Betjeman.

—¿Tonterías?

—¡Tonterías! Si ahora llegasen los... *intocables*, metralleta en ristre, como usted dice..., ¿qué creen que podrían hacer?

—Bueno... Supongo que nos sacarían del apuro... —¿Vivos o muertos?

—¿Cómo? —susurró Kilgore.

—¿Cree que Audric nos dejaría vivos? Ha pasado treinta años en prisión por mi culpa. Recapacite, Delbert.

—Pe-pero... este hombre no... no puede estar pensando en matarnos a todos... Escuche, una cosa es liarse a tortazos, porque a uno le fastidie una cosa, y otra cosa es empezar a matar gente...

—Más vale que se calle Delbert —murmuró Betjeman—. Y no haga nada más. No intente nada más, aunque me golpeen.

—Ya he aprendido la lección... —Gruñó Kilgore—. Hay cosas que no me gustan, como golpear a ancianos, pero... he aprendido la lección.

—Pues no la olvide. Cuánto mejor nos portemos, más tiempo viviremos.

Delbert Kilgore miró a Charles Audric, muy abierto su ojo sano.

—¿De verdad... piensa usted... matarnos a todos?

—Quizá —sonrió Audric.

—¡Pero eso no es justo...! ¡Comprendo su rencor contra el señor Betjeman, pero los demás no le hemos hecho nada! ¿Qué tiene contra los demás? Yo no le había visto en mi vida, Julie no fue quien le detuvo, la señorita Epton parece tan desconcertada como yo... ¡No puede matarnos a todos!

—Parece que se le han quemado las agallas a nuestro atlético prisionero, ¿verdad? Unos cuantos golpes tras su... audaz ataque, una amenaza de muerte, y ya se está orinando en los pantalones. El valor dura poco, a veces.

—¡Nadie está hablando con usted! —gritó Kilgore.

Wilder frunció el ceño y se acercó, alzando la pistola.

—Te voy a dar en el otro ojo, valiente, y así no podrás ver la bala que te enviaremos. Vas a ver...

—Déjalo en paz, Wilder —ordenó Audric—. No quiero jaleos. No quiero el menor contratiempo hasta que todo esté a punto.

—Me gustaría partirle la boca...

—Te digo que lo dejes en paz. El no es nadie, no pinta nada en esto. Olvidalo, por ahora. ¿Qué hora tienes? Parece que mi reloj esté parado...

Vincent Betjeman estaba sumido en sombríos pensamientos. Su cerebro funcionaba con gran lucidez. No con tanta rapidez y capacidad de reflejos como antes, pero sí con lucidez. En realidad, tenía que aceptar los hechos tal como eran, sin desconcertarse. Había pasado treinta años de su vida pensando en aquel fracaso de sus tiempos de *intocable*... Había detenido a Charles Audric, cierto. El y sus compañeros Leman, Alberson y Collier lo habían hecho. Pero el dinero jamás apareció. Y el viejo *intocable* sabía muy bien que, mientras estuvieron vivos, sus compañeros no descansaron a gusto pensando en aquello. Charles Audric pasó a segundo plano, casi fue olvidado. Había sido sólo una pieza de aquel asunto. Poco a poco, con los

años, los detalles se fueron diluyendo en su mente, y sólo quedó aquel hecho que le había obsesionado: la desaparición de un millón y medio de dólares. Ahora sabía cómo ocurrieron las cosas, pero..., ¿de qué iba a servirle? Charles Audric había aparecido de pronto en su vida, como un fantasma. Había tardado unos segundos en reconocerlo, pero eso era lógico después de treinta años. Treinta años... ¿Y después de todo ese tiempo, Audric seguía odiándole? ¿Realmente le odiaba, realmente estaba dispuesto a matarlo? ¿Era posible que durante treinta años se mantuviera aquel odio? ¿Era posible que durante treinta años Audric hubiera estado pensando solamente en vengarse? Bien... ¿Y por qué no? A fin de cuentas, durante aquellos treinta años, él también había tenido una obsesión: recuperar aquel millón y medio de dólares antes de morir. De su grupo solamente quedaba vivo el gran Clinton Collier, allá en California. ¿Cómo debía estar? ¿Reumático, paralítico, decrepito de un modo u otro...? Collier era mayor que él. Debía tener... sesenta y cinco o setenta y seis años. Seguramente, sí, debía estar no poco decrepito, hundido en la senilidad. Lógico. Pero si Clinton Collier supiera aquello, haría cualquier cosa por acudir, por resolver junto a su viejo compañero aquel asunto... ¡Ésta era buena! ¡Dos carcamales, separados por los años y la distancia, y los dos pensando en lo mismo, obsesivamente! Porque era seguro que Clinton también pensaba en...

—Llega otro coche —dijo Baylin—. Y esta vez juraría que es Bernard quien llega.

Todos quedaron silenciosos, mirando hacia la puerta. Audric fue a la ventana y estuvo mirando. Se oyó la llegada del nuevo vehículo y el frenazo. Poco después llamaban a la puerta.

—Le abriré —dijo Baylin, sonriendo.

EL primero en entrar fue un hombre alto, ancho de hombros, albino; parecía un poco bizco, y entre esto y su gesto agrio no resultaba en absoluto agradable. Y, mucho menos, tranquilizador. Detrás entró un hombre más joven, de unos treinta años o poco más, seguido de otros dos de esa edad aproximada.

Y el más joven fue el primero en hablar, acercándose rápidamente a la muchacha pelirroja.

—¡Katie! ¿Qué es todo esto? ¿Por qué me has...? La bella pelirroja había saltado de su asiento y se echó en los brazos del recién llegado, gimiendo.

—¡Morris, me engañaron...! ¡Quieren matarnos a todos, me engañaron, me dijeron...!

—Cálmate... Cálmate, querida... —La acarició Morris—. Esto no tiene sentido. ¿Por qué habían de matarnos? Vamos, vamos...

—Ella está diciendo la verdad —musitó Kilgore. Morris se quedó mirándolo unos segundos, siempre manteniendo abrazada a la pelirroja. Luego, fue mirando a los demás, percatándose del extraño ambiente, tenso, duro.

—No conozco a nadie aquí... —susurró—. ¿Qué significa todo esto?

—Todo quedará explicado, muchacho —sonrió secamente Audric—. Y muy pronto. Sentí mucho la muerte de su padre.

Morris le miró, frunciendo el ceño.

—Gracias... Hace tiempo de eso, sin embargo, señor...

—Audric. Charles Audric. ¿Su padre no le habló nunca de mí?

—¿Charles Audric...? No. No, desde luego. Estoy seguro. ¿Lo conocía usted, señor Audric?

—Bastante bien. Pero eso fue hace treinta años: fuimos cómplices en un atraco.

El apuesto Morris quedó estupefacto, boquiabierto, mirando sin comprender a Audric. De pronto se echó a reír.

—¡Usted está loco! —exclamó.

Audric soltó una risita sarcástica y se volvió hacia el hombre albino que parecía bizco.

—¿Todo ha ido bien, como yo le dije, Kenna?

—Sí. Todo exacto.

—¿Dónde está Deel? —preguntó Wilder.

—Tuvo un accidente.

—¿Un accidente? —Se tensó Audric—. ¿Qué clase de accidente?

—Lo atropelló un auto.

—¿Está bromeando? —Casi gritó Charles Audric.

—¿Le parece una broma? ¿Por qué, Audric? ¿Le sorprende que una persona sea atropellada por un coche? Lleva usted un mes fuera de la prisión... No me diga que no se ha dado cuenta de cómo está el tráfico en Nueva York. Que un coche atropelle a un peatón es una cosa que ya ni siquiera interesa a nadie. Ocurre docenas de veces todos los días.

—¿Qué clase de coche? ¿Quién iba dentro? ¿Adonde llevaron a Deel?

—Bernard Kenna entornó sus astutos ojos de gato bizco y estuvo unos segundos mirando a Audric. De pronto comenzó a reír, con un hipido agudo. Estaba divertidísimo, al parecer.

—Le entiendo, Audric. Pero tranquilícese. No es nada de lo que usted está pensando.

—¿Sabe lo que estoy pensando, Kenna?

—¡Claro! Usted cree que esto ha podido ser un truco del F. B. I., o algo así, para llevarse a Deel, ¿no es cierto? Pues no. Puede estar seguro de que el F. B. I., ni la Policía, sabe nada de nada. Quien me recomendó a usted en la prisión sabía lo que hacía, y puede estar convencido de que haré las cosas bien. A usted lo estuvo vigilando el F. B. I., pero ya vio cómo pude sacarlo del apuro, y mis hombres lo hicieron... desaparecer. En cuanto a mí, ni el F. B. I. ni siquiera la Policía tienen la menor noticia de mi existencia. Siempre he hecho bien las cosas, Audric. No hay truco en esto.

—Pero si Deel está en un hospital, puede que diga algo, al ser operado. Inconscientemente, podría decir algo que...

—No dirá nada. Está muerto. Lo estábamos esperando en el lugar convenido, y como se retrasaba demasiado, fuimos con el coche a su encuentro. Por el camino vimos un grupo de gente y un policía. Habían llamado ya una ambulancia. Wise y Carson —señaló a los dos hombres que completaban el grupo de recién llegados— fueron a ver qué ocurría y pudieron ver a Deel. Estaba ya muerto. La gente hacía comentarios... Un auto lo había arrollado, le había pasado por encima. Las ruedas pasaron sobre su cabeza, matándolo casi instantáneamente. El conductor de aquel auto se había dado a la fuga.

—Bien...

—Simple mala suerte, Audric. Un accidente de los muchos que ocurren diariamente en Nueva York. No se preocupe más por eso. Ocurrió anoche, de modo que si la Policía o el F. B. I. tuvieran algo que ver en esto, ya me habrían venido a molestar esta mañana, y no ha sido así. Además, ¿se imagina usted al F. B. I. matando a un hombre con un auto? ¡Oh, vamos, Audric...!

—Usted tiene sentido común —dijo Kilgore—: no creo que la Policía o el F. B. I. hicieran eso.

Kenna le dirigió una mirada indiferente.

—¿Quién es éste?

—Un empleado de Betjeman. No es nadie. Bien —se volvió hacia

Morris—. Hay unas cuantas cosas que tenemos que aclarar nosotros dos, joven. En primer lugar...

—No creo que tengamos nada que hablar usted y yo —cortó Morris.

—Ah... Es orgulloso, ¿no es cierto? De todos modos, tendrá que escucharme. Y será mejor que vaya aceptando todo cuanto yo le diga, porque es la verdad. Empezando, naturalmente, por la complicidad de su padre conmigo en un atraco, hace treinta años.

—Mentira. Usted no sabe lo que dice.

—Lo sé muy bien. Conozco todo el proceso de los Pilkington, jovencito. Usted es Morris Pilkington, el último, por ahora, de los siempre respetados y adinerados Pilkington, propietarios por mayoría de acciones de las «Pilkington Enterprises». Una gran cadena de negocios de diversas índoles que van viento en popa. Se manejan millones de dólares. En la prisión he leído revistas y boletines de informes financieros, joven amigo. Fallecido Morris Pilkington hace ocho años, le sucedió su inteligente, emprendedor, simpático, mundano y laborioso hijo, llamado también Morris. Morris Pilkington junior. Treinta y dos años, prometido con la señorita de la *high society* Katherine Epton desde hace... siete meses, me parece. Sé muchas cosas sobre usted y sobre sus negocios. Sé, incluso, más que usted, muchacho. ¿Verdad que no sabía que su padre pudo mantenerse a flote en el año treinta y nueve gracias al millón y medio de dólares que yo le facilité?

—Le repito que usted está loco.

—Y yo insisto en que no. ¿Sabe cómo justificó su padre el ingreso de esos dólares? Hizo una emisión de acciones de la «Pilkington Enterprises» y simuló que las había vendido a pequeños accionistas. La verdad es que él se las quedó todas, y así pudo justificar la aparición de un millón y medio de dólares en sus tambaleantes negocios. Con ese dinero, todo volvió a flote, todo volvió a la prosperidad. Y hoy, gracias a mí y a mi dinero, su empresa es una de las que están consideradas muy rentables.

—¿Pretende que me crea eso? Mi padre jamás habría...

—Oh, vamos, vamos, por favor... Su padre era un honrado y altivo caballero... hasta que las cosas empezaron a irle francamente mal, muchacho. Yo sabía esto, lo fui tanteando y, al fin, bajo la promesa de darle una parte del producto del atraco si colaboraba, él aceptó el asunto. Sólo que tuvo una suerte inaudita: mis amigos murieron en una... discusión con *Los Intocables*, y yo fui a parar a la cárcel por treinta años, de modo que su padre se quedó, no con una parte del botín, sino con todo. Durante treinta años, la «Pilkington Enterprises» ha subsistido gracias a ese millón y medio de dólares que fueron robados de un furgón de transporte del First National Bank por mí y otros amigos. ¿Lo entiende ahora?

—Mi padre no...

—¡Ya basta de discusiones! ¿Quiere convencerse de ello? Pues vuelva a

Nueva York, donde está ahora su sede central, y examine viejos documentos. Busque un solo nombre de accionista en esos viejos libros; un solo accionista que invirtiese dinero en la «Pilkington Enterprises». No encontrará ningún nombre. Y ya le he dicho por qué: porque no existieron tales accionistas. Su padre los inventó, se quedó todas las acciones y comenzó a trabajar aquel millón y medio de dólares que a mí me costó treinta años de cárcel. ¿Qué dice ahora?

—Revisaré esos libros.

—¡De acuerdo! Ahora, como estoy seguro de lo que digo, vamos a conversar como si ya lo hubiera hecho, es decir, que usted ha aceptado ya la participación pasiva de su padre en el atraco. ¿Bien?

Morris Pilkington estaba lívido como un cadáver.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó roncamente.

—Mi dinero. Y los intereses. Unos intereses razonables.

—Está bien. Voy a regresar a Nueva York ahora mismo con mi prometida, y examinaré...

—Poco a poco, mi joven amigo. Ya le he dicho que hay que aclarar la situación ahora mismo, como si usted estuviera convencido de una vez de la verdad de todo cuanto he dicho. Lo primero de todo es que, a su debido tiempo, recibirá noticias mías, mencionándole cierto Banco de Suiza y un nombre. Pues bien: a ese nombre y a ese Banco suizo me enviará usted mi dinero, con los intereses de treinta años.

Morris Pilkington lanzó una exclamación:

—¿Me está diciendo que debo enviarle... casi cuatro millones de dólares a Suiza? ¡Eso es imposible! Mis empresas manejan mucho dinero, pero...

—Le entiendo, le entiendo. También eso lo he pensado... —Se tocó la sien con un dedo—. He tenido en cuenta todas las dificultades, incluso las de tipo financiero, transferencias... Todo. Y no voy a atosigarle, porque sé bien que cuatro millones de dólares no se reúnen así como así, en efectivo. No. No me enviará todo el dinero de una vez, sino a su comodidad, relativamente. Pongamos... quinientos mil dólares cada año. Bajo esta base, puede usted combinárselo como mejor le parezca. ¿Es esto más sensato?

—Sí... Sí, desde luego.

—Magnífico. Ahora, vayamos a la segunda parte. Cuando regrese a Nueva York, Bernard Kenna le acompañará. Estará con usted mientras revisa esos libros, o documentos, que prueban que no existieron jamás esos accionistas. Una vez convencido, usted le dará a Kenna un cheque, al portador, por doscientos cincuenta mil dólares. Dentro de tres meses, Kenna se presentará a usted otra vez, y recibirá un cheque por la misma cantidad. ¿Es eso lo que convinimos, Kenna?

—En efecto —sonrió éste, frotándose las manos—. Es un trabajo muy

bien pagado, Audric, aunque usted gane mucho más.

—¿Gano mucho más? —susurró Audric—. ¿Crees que es mucho por treinta años de cárcel? En proporción a tu tiempo empleado, a tu esfuerzo y a tu riesgo, tú ganas mucho más que yo.

—Cierto... —admitió Kenna, con un parpadeo—. Cierto, Audric. Además, no hay nada más que comentar. Por mí, está muy bien así.

—Muy bien. Pasemos ahora a la tercera parte, Pilkington. Si usted no cumple lo que le corresponde, será asesinado. Yo no recuperaré jamás mi dinero, pero usted tampoco recuperaría jamás su vida. ¿Está lo bastante claro?

Morris Pilkington sólo pudo asentir con la cabeza, tan asustado estaba. Su prometida continuaba abrazada a él. Los demás permanecían silenciosos, sombríos.

—No lo olvide... —Remachó amenazadoramente Audric—. Como tampoco creo que pueda olvidar la cuarta parte: si usted no cumple su compromiso, no sólo será asesinado, sino que yo enviaré una nota al F. B. I. sugiriéndole que examine todos los documentos de la «Pilkington Enterprises» a partir del año treinta y ocho, aclarándole, además, que su padre tomó parte en el atraco. Eso sería no sólo la ruina de sus negocios, sino el deshonor para los Pilkington en el terreno personal. Usted, antes de ser asesinado, lo habría perdido todo. Todo. Incluida a su bella prometida. ¿Entendido también esto?

—Sí —jadeó Pilkington.

—Entonces, pasemos a la quinta y última parte: usted y su prometida van a ser testigos de mi venganza. Si más adelante las cosas me fueran mal, yo diría que ustedes dos colaboraron en ella, que estos dos hombres y la chica —señaló a Kilgore y a los Betjeman— lo habían oído todo, y que usted mismo me pidió, después de aceptar mi trato, que los matara, para que jamás pudieran decir nada. ¿Bien?

—Dios mío... Esto es espantoso...

—¿Bien? —insistió fríamente Audric.

—No... ¡No! Yo no... no puedo aceptar eso... Le daré lo que me pide, si todo es cierto... Haré lo que sea, para que nadie sepa jamás que mi padre hizo... algo indebido... Pero no me obligue a eso... ¡No lo aceptaré! Señor Audric, déjelos en paz... Yo haré lo que quiera, pero no mate a nadie... Dios mío, esto es horrible...

—Usted está metido en esto y tomará su parte en mi plan, Pilkington. De principio a fin, en cada uno de sus puntos.

—¡No lo haré! Si usted mata a alguien, yo... yo le denunciaré a la Policía... ¡Lo haré! ¡Y nada me importará nada!

—No sea infantil. Si hacemos las cosas como yo las he pensado, nadie sabrá nada jamás. Usted y su novia serán los primeros interesados en callar. Igualmente yo. En cuanto a Kenna y sus amigos, también querrán

guardar silencio. Nadie sabrá nada.

—¡No se trata de eso! Por Dios bendito, ¿usted qué... qué me está proponiendo? ¿Qué se cree que soy? ¿Una bestia, una...?

—Me encuentro mal —casi gritó Kilgore, de pronto.

—¡Cállese! —ordenó secamente Audric.

—¡Estoy mal, siento náuseas...! ¡Voy a vomitar!

—El gran valiente... —rió Wilder—. Le han dado unos golpes y ya está vencido, y ahora quiere vomitar de miedo...

—Voy a vomitar... —tartamudeó Kilgore—. Siento... siento...

No pudo seguir, porque todo su cuerpo se estremeció en una violenta arcada, con un ruido desagradable, impresionante. Audric soltó un gruñido de disgusto.

—Llévatelo de aquí, Baylin... —dijo—. Al cuarto de baño. Y... termina este asunto. ¿Comprendes?

—Comprendo. Y estoy encantado... —señaló a Kilgore con la pistola—. Tú, vamos a la bañera.

Se echó a reír. Kilgore parecía no tener ni siquiera fuerzas para ponerse en pie, de modo que Baylin le asió por un codo, dio un tirón y lo empujó hacia el pasillo.

—Camina... ¡Y no te orines por el camino!

—No... —Se puso en pie Julie—. Por Dios, no le hagan daño, esto... esto es...

—Siéntate —susurró Vincent Betjeman, palidísimo—. Nadie puede hacer nada, Julie.

—Pe-pero abuelo, te-tenemos que...

—Siéntese —ordenó Kenna, plantándose ante ella, amenazador.

La empujó por un hombro, sentándola. Baylin y Kilgore habían desaparecido ya por el pasillo, camino de la cocina y del cuarto de baño.

—Vamos, vamos, camina bien —reía Baylin—. Deja de tropezar con las paredes: están a los lados, no delante. Y procura no vomitar por aquí. Ensuciarías el piso.

Tambaleándose Kilgore, llegaron ante las puertas de la cocina y del cuarto de baño, que estaban juntas, formando un ángulo recto. Baylin asió el pomo de la del baño, lo hizo girar y empujó la puerta.

—Adentro, valient... ¡Aaauggg...!

Había recibido el espantoso puntapié justo entre las ingles, y, aullando, se encogió como si se le hubiera disparado un muelle dispuesto para ese cometido. Cayó como fulminado por un rayo y, apenas lo tuvo en el suelo, Delbert Kilgore volvió a golpearlo con el pie, ahora en la barbilla. Se oyó un crujido y Baylin quedó completamente inmóvil. En el *living* se oían los gritos de Kenna llamando a Baylin, y, en seguida, pasos precipitados hacia allí.

Sin vacilar, Kilgore entró en la cocina, miró hacia la ventana y un gesto

de resolución apareció en su rostro. Desde la puerta se lanzó a toda velocidad hacia la ventana y, en el momento oportuno, saltó contra ella, todavía con las manos atadas a la espalda, encogiéndose, metiendo la cabeza hacia el pecho todo cuanto pudo, y girando asombrosamente en el aire, de modo que el salto le llevó a dar con la espalda en los cristales, reventándolos... Apareció fuera de la casa como lanzado por un cañón, todavía girando, en una rueda perfecta que le protegió a la caída sobre el césped, por el cual rodó un par de veces antes de ponerse en pie con el propio impulso de las vueltas, del fantástico salto efectuado.

Lo primero que hizo fue desviarse de la línea visual directa de la ventana, pero, apenas había comenzado a correr, una sombra apareció allí, pistola en mano, apuntándole a su espalda.

Plop... plop... plop...

CAPITULO VII

WILDER lanzó una exclamación de rabia, bajó furiosamente la pistola y pareció a punto de saltar por la ventana, mientras Kenna y Carson aparecían en la cocina, comprendiendo en el acto que su compañero no se atreviese a saltar por aquel hueco erizado de cristales puntiagudos.

—¿Le has dado? —jadeó Kenna.

—No creo... Iba hacia el corral, o lo que sea eso.

—¡Vamos a por él! Veamos si se ha llevado la pistola de Baylin.

Regresaron a toda prisa al pasillo, y Carson golpeó con el pie la pistola caída en el suelo. La recogió, y miró sonriendo duramente a Kenna.

—Está desarmado. Y con las manos atadas a la espalda.

—Id a por él. Sin contemplaciones. ¡De prisa! Volvieron todos al *living*, que Carson y Wilder cruzaron rápidamente, para salir de la casa por la puerta frontal. Wise estaba apuntando con su pistola a Morris Pilkington, que estaba pálido, desencajado el rostro, igual que su novia y los Betjeman.

—Ha saltado por la ventana —dijo Kenna; y todos sabían a quién se refería—. Carson y Wilder acabarán con él. El muy estúpido se ha metido en los corrales. No hay que preocuparse. Yo me ocupo de esto, Wise. Ve a ver qué tal está Baylin.

Wise desapareció por el pasillo. Reapareció pocos segundos después, arrastrando a Baylin. Lo colocó en el sofá, y tras un breve examen, miró a su jefe.

—Está vivo —musitó—. Pero tiene rota la mandíbula.

Para sorpresa de todos, Vincent Betjeman soltó una risita, cascada, chirriante.

—Parece que no se orinó en los pantalones, ¿verdad? —dijo riendo.

—Tenga cuidado, Betjeman —espetó Audric, rojo de ira—. No quiera adelantar su muerte.

—¿Adelantarla? Oh, no... No, Audric. Los dos sabemos que no vas a matar a nadie mientras pueda quedar un testigo. Antes de matarme a mi tienes que estar seguro de que tus canallas han matado a Delbert. ¿Qué ocurriría si nos matases y luego él pudiera escapar? Lo sabe todo. Sabe absolutamente todo lo que pretendes, conoce a Pilkington, todo lo que él tiene que hacer para enviarte dinero a Suiza... Si Delbert consigue escapar, todo lo habrías perdido.

—Menos mi venganza.

—También eso. El sabe que cerca de aquí tienes una avioneta para llevarte a Canadá. Sería lo primero que diría a la Policía o al F. B. I. No sé si llegarías a Canadá, Audric. Y en esas condiciones..., ¿ibas a ser tan torpe de cometer dos asesinatos?

—¡Cállese!

—Pero aunque escapases..., ¿de qué te serviría? Te buscarían inexorablemente. Ya no podrías pedirle dinero a Pilkington, porque en cuanto éste tuviera noticias tuyas, el F. B. I. destacaría algunos de sus hombres en Europa, esperándote en el Banco al cual querrías ir a cobrar tu dinero... No. No vas a matar a nadie, por ahora.

—¿Eso piensa? Quizá esté en lo cierto, Betjeman —Audric sonreía ahora cruelmente—. Quizá. Pero esos hombres matarán al abogado en los corrales. Y le diré lo que pienso hacer cuando regresen para decírmelo: voy a arrancarle los ojos a su nieta, con mis propias manos... ¡Eso es lo que voy a hacer! Y luego la mataré, lentamente, delante de usted. La destrozaré, la haré pedazos, la convertiré en una ruina en menos de cinco minutos... ¡Usted mismo me pedirá que la mate! ¡Usted me lo pedirá, tal vez como yo lo he planeado!

Vincent Betjeman parecía haber quedado petrificado, congelado. Katherine Epton se refugió de nuevo en los brazos de su no menos petrificado y horrorizado prometido. Julie Betjeman se echó a llorar, con una violencia increíble, temblando fuertemente, ocultando el rostro entre las manos.

—Señor Audric —jadeó Pilkington—, si... usted hace eso, si usted hace algún daño a alguien...

—¡Cierre la boca!

—Usted está... está... ¡Usted es un loco! ¡No cuente conmigo para nada! ¡Aunque lo que usted ha dicho sea cierto, iré a contárselo todo a la Policía! ¡No espere nada de mí!

—Sé lo que espero de usted, y lo tendré. De lo contrario, antes de morir, humillado por lo que hizo su padre, recibirá la cabeza de su novia en una caja de zapatos. ¿Lo entiende?

Katherine Epton lanzó un alarido y se apretó aún más contra Pilkington, cuya palidez era absoluta, como si no tuviera una sola gota de sangre en el cuerpo. Su boca se había secado completamente y no conseguía pensar, asimilar todo aquello que estaba oyendo.

Por su parte, Vincent Betjeman miraba con sombría fijeza a Charles Audric. Por fin lo comprendía todo. Absolutamente todo: Audric estaba loco. Una locura de treinta años acumulándose en su cerebro. Loco completamente. De rabia, de miedo, de odio. Loco. Treinta años de pensar en lo mismo le habían perturbado, le habían convertido en un ser especial, horrible, extraño, estremecedor. No había olvidado ni perdonado nada. No perdonaría ni olvidaría nada. El sí había olvidado muchas cosas, pero era porque la vida le había ido ofreciendo otras diferencias. Audric no había tenido nada diferente durante treinta años. Para él, el mundo se había detenido, en su mente, desde el mismo momento en que entró en la prisión. Y su vida durante aquellos treinta años había sido aquélla:

recordar. Durante treinta años su mente había quedado en suspenso, siempre con los mismos pensamientos, con las mismas ideas, porque allá dentro nada nuevo lo había ofrecido la vida.

Siempre igual: rejas, salida al patio, rejas, salida al patio, rejas...

—¿Qué le pasa? —masculló Audric—. ¿Por qué me mira así?

—Te compadezco, Audric —susurró el viejo *intocable*.

—¿A mí?

—A ti. Más ahora que cuando estabas en la cárcel. ¿No te das cuenta? Mientras vivas, serás incapaz de reaccionar a nada. Jamás tendrás tranquilidad. Aunque me hayas matado, nada cambiará. No te producirá tanta satisfacción como esperas, no gozarás con nada. Estás podrido por dentro para siempre. De verdad, Audric: te compadezco.

—Ésta es buena... —rió agudamente Audric—. ¡Me compadece a mí! ¡Más vale que compadezca a su empleado, el abogado Kilgore! Ése sí que merece compasión...

CAPITULO VIII

ESTABA tendido detrás de un montón de paja, oyendo las pisadas de los dos hombres. No decían nada. Simplemente, le estaban buscando, mientras él, tendido tras el montón de paja, estaba intentando cortar el hilo eléctrico que sujetaba sus manos, utilizando una pequeña azada que había cogido al entrar.

Los dos hombres no se habían molestado en buscar los interruptores de la luz general del establo, de modo que éste sólo estaba iluminado por las dos pequeñas bombillas de luz difusa colocadas en ambos extremos de la construcción. Luces de suave tono rojizo, casi rosado, muy tenues, sedantes, que prácticamente solo servían para ver dónde se ponían los pies. Arriba, en el techo, las palomas se agitaban inquietas. Se oía el rumor de alas, de plumas, de diminutos pies en las pequeñas casetas de madera. En los compartimientos de gallinas, alguna de éstas emitía un quejoso co-co-co...

Los pasos se detuvieron, y Kilgore dejó de frotar el hilo eléctrico enfundado en plástico contra el borde de la azada. Notaba la sangre en sus manos, deslizándose desde las muñecas, brotándolo nuevamente de sus dedos machacados.

—Hay una ventana al fondo —dijo de pronto Wilder—. Voy a salir, entraré por allá y te lo empujaré hacia ti, Carson.

—Está bien.

Oyó los pasos de Wilder hacia la salida del establo, y reanudó su intento de cortar el hilo eléctrico. También oía de nuevo las pisadas de Carson, acercándose. Si rebasaba el pesebre de las vacas lo vería. Sólo tendría que mirar hacia su izquierda, y lo vería allí, tendido al fondo de la paja... Desesperado, Kilgore dio un fortísimo tirón al hilo eléctrico, y casi lanzó una exclamación de incrédula alegría cuando, por fin, sus manos se separaron. Se revolvió a toda prisa, asió la azada por el mango y se colocó de rodillas, produciendo un leve ruido sin importancia, muy parecido al bullir de los habituales ocupantes del establo.

En el mismo instante en que hacia el fondo del establo se oía un ruido de cristales rotos, Carson aparecía en el campo visual de Kilgore, precisamente volviéndose hacia él. Lo vio en el acto y soltó un respingo, orientando rápidamente la pistola hacia allá..., mientras Kilgore lanzaba con toda su fuerza la pequeña azada en dirección al pistolero.

Plop...

La bala fue a dar al techo, porque, mientras apretaba el gatillo, Carson recibía en plena frente la azada lanzada por Kilgore, que llegó girando, igual que un *tomawak* indio, incrustándose allí, partiendo el hueso, empujando con terrible violencia a Carson hacia atrás, hacia las vacas...

Todavía estaba resonando el alarido de Carson cuando ya Kilgore se deslizaba por la paja, directo hacia la pistola caída en el pasillo central del establo...

—¡Carson! —llamó Wilder al fondo—. ¿Le has dado?

Delbert Kilgore llegó junto a la pistola, la asió con los ensangrentados dedos, se volvió y apretó el gatillo, sin tan siquiera apuntar, pero sabiendo que la bala iría hacia el recuadro de negra noche que se veía al fondo, destacando en la difusa, tenue, sonrosada luz.

Oyó el grito de Wilder y de pronto todo quedó en silencio.

Durante unos segundos Kilgore estuvo inmóvil, mirando con su ojo sano hacia allá, tenso, expectante. Las palomas y las gallinas se agitaban más inquietas que antes. Por fin, Kilgore se deslizó hacia aquella ventana, siempre lista la pistola, atenta la mirada... Antes de llegar allá vio el bulto caído sobre la ventana abierta de destrozados cristales. El bulto de un hombre caído sobre el alféizar, doblado, con los brazos colgando hacia el interior del establo. Se acercó más rápidamente, y, finalmente, quedó delante de Wilder, que parecía un muñeco colocado allí, como en una broma de humor negro. Asió sus cabellos, y a la tenue luz vio el boquete que la bala había hecho en la garganta de Wilder. Soltó la cabeza, que se balanceó trágicamente un instante. Buen disparo, sin lugar a dudas.

Pareció reaccionar de pronto y regresó hacia la gran puerta del establo. Antes de salir se detuvo, tiró del cargador de la pistola de Carson, y frunció el ceño al comprobar que sólo quedaban cuatro balas. Bien... De todos modos, lo que no consiguiese con cuatro balas no lo conseguiría ni con un millón.

Metió de nuevo el cargador y dio un paso adelante, un tanto vacilante, volviendo la cabeza hacia donde estaba el palomar del gran macho que vivía en lo alto del poste... Y ese paso vacilante, esa indecisión en salir fue en verdad afortunada. Un puñado de astillas saltaron contra su rostro y también, por encima de su cabeza, chascaron dos balas, que fueron a clavarse en la pared de enfrente. Toda indecisión desapareció en la actitud de Kilgore, que saltó precipitadamente hacia atrás, quedando en el acto protegido de cualquier bala que pudiera llegar desde el exterior.

Corrió hacia el poste, se guardó la pistola en un bolsillo, y comenzó a trepar a toda prisa. Arriba no se veía nada, pero supo que había llegado al pequeño palomar al tocarlo. Extendió la mano izquierda, notó el picotazo del fiero palomo y lanzó un manotazo, refunfuñando. El palomo salió despedido, volando, alejándose, convencido de que aquel enemigo era más poderoso. Kilgore tanteó dentro, encontró el envoltorio, lo asió y se deslizó poste abajo.

Luego se dejó caer de rodillas sobre un montón de paja y empezó a tirar de los nudos... Alzó vivamente la cabeza al oír una voz afuera, fuerte, potente:

—¡Kenna! —llamaban—. ¡Te conviene hablar con nosotros! ¡Si estás dispuesto a eso, apaga dos veces la luz de la casa y te enviaré a Barton! ¡Piénsalo bien!

Kilgore quedó atónito un par de segundos. Luego acabó de deshacer rápidamente el envoltorio, sacó la potente automática con silenciador, se la metió en un bolsillo, y dedicó toda su atención a los demás objetos, que parecían simples piezas metálicas. En quince segundos tuvo montada la pequeña radio de bolsillo. Apretó el botón.

—¡Delbert! —Brotó una voz—. ¡Por fin! ¡Te hemos estado llamando...!

—Tenía la radio desmontada. Todo ha ido tan de prisa... ¿Qué demonios está pasando ahora?

—Han llegado siete hombres, en dos coches.

—Pero ¿quiénes son?

—¡No lo sé!

—¡Pero maldita sea tu estampa, y la mía...! ¿Qué quiere decir eso de que no lo sabes?

—¡No lo sé! Han llegado hace unos minutos, han dejado los coches un poco apartados y se han acercado a la casa. Te he estado llamando, pero no contestabas, no sabía qué hacer...

—¿Dónde estáis?

—¿Dónde demonios quieres que estemos, sino escondidos donde convinimos? A ver: ¿puedes orientarnos en algo? ¿Por qué no has llamado antes?

—No pude. Todo fue demasiado de prisa, y no pude controlar la situación desde el primer momento. Pude hacerlo luego, pero Audric estaba en plan de confidencias y preferí enterarme de todo.

Lo he conseguido, pero a costa de sacrificar mucho...

—En definitiva: ¿cómo está la situación?

—Muy mal. Aunque quizá pueda arreglarse. He tenido que matar a dos tipos en el establo, pero al salir me han disparado otros, y ahora alguien quiere hablar con Kenna. ¿Dices que son siete?

—Exactamente.

—¿Os han visto?

—¡Claro que no! Oye, ¿dónde estabas cuando...? —Atiende bien: quiero que me quitéis a esos tipos de en medio.

—¿Te parece conveniente que intervengamos ahora?

—¿Conveniente? ¡Del todo necesario! Escucha, esos recién llegados no son amigos de Kenna, y, por tanto, de Audric. Quieren algo de Kenna, lo han llamado, y van a enviarle a un tipo llamado Barton para conversar sobre algo. Sea como sea, no son amigos... ¿Has visto si la luz de la casa se encendía y se apagaba dos veces?

—Sí... Sí, así ha sido.

—Bien. Eso quiere decir que Kenna acepta hablar con el tal Barton.

Vais a esperar a que éste salga de la casa y luego me los detenéis a los siete, sea como sea. ¿Alguna duda?

—Sobre esto, no. Descuida: dalos por fuera de combate, al gusto de ellos. Pero aclaremos el asunto de la casa. ¿Vamos hacia allá también?

—¡No! Ni hablar de eso... Charles Audric está perdiendo el control de todo, y no quiero ponerlo nervioso definitivamente. Es capaz de empezar a matar gente. Se considera un genio, un tío listo... Está loco. Loco como una cabra, te lo aseguro.

—Pues los locos son peligrosos, Del. Quizá convendría...

—Iré solo. Te digo que Audric está loco y puede cometer cualquier barbaridad si os huele. Mientras crea que yo estoy vivo y que puede entenderse con ese Barton se irá conteniendo, pero si lo ve todo perdido, asesinará a quien sea. Y Dios se apiade de mí si me matan al viejo Betjeman...

—Está bien, está bien... ¿Qué piensas hacer, en definitiva?

—Avísame cuando hayáis terminado con esa gente que acompaña a ese Barton. Cuidado con ellos, pues van armados. Por poco me tumban al ir a salir del establo... Y tengo que salir. En cuanto me avises, iré hacia la casa, entraré por la ventana de la cocina y espero dominar la situación. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Oye, ¿quieres hablar con tu...?

—¡No! ¡No ahora! Es todo. Avísame cuando terminéis... Y mucho cuidado. Maldita sea, daría cualquier cosa por saber qué es lo que tiene que decirle ese Barton a Kenna o a Audric...

WISE cerró la puerta de la casa y el hombre quedó cerca del umbral, mirando fijamente a Kenna, quien, a su vez, lo miraba con manifiesta hostilidad.

—Bien, Barton —gruñó al fin—. ¿Qué es lo que tienes que decirme de parte de tu jefe?

—El quiere la mitad.

—¿Turner quiere la mitad? La mitad..., ¿de qué? —Del millón y medio de dólares.

Charles Audric lanzó una exclamación de rabia y se volvió hacia Bernard Kenna, que había palidecido ligeramente.

Kenna soltó un bufido y regresó su atención a Barton, que miraba de uno a otro, sonriendo secamente.

—Aclaremos esto, Barton —musitó—. ¿De qué dinero estás tú hablando?

—Del que vais a recuperar. Millón y medio de dólares, quizás más. Nos lo dijo Deel.

—¿Deel? Está muerto... Lo atropelló un coche.

—Nos lo dijo antes. Y sabemos muy bien que lo atropelló un coche.

Kenna entornó sus bizcos ojos malignos.

—¿Fue cosa vuestra? —musitó.

—Mira, voy a decirte lo único que te interesa saber: nosotros sabemos que vais a disponer, como mínimo, de un millón y medio de dólares. Queremos la mitad, y nos iremos. Esto es todo, Kenna.

—¡No tendrán ni un centavo! —aulló Audric—. ¡Ese dinero es mío, me ha costado treinta años de cárcel, y no...!

—Cállese —cortó secamente Kenna—. Si lo entiendo bien, Barton, has venido a amenazarnos, a darnos... un ultimátum.

—Sí.

—¿Estás bromeando? Robert Turner se está pasando de la raya, puedes decírselo. En el fondo, casi me alegro de esto, porque lo voy a quitar de en medio de una vez. Se está poniendo muy pesado, muy ambicioso, se permite hasta el lujo de matar a uno de mis muchachos... Mira, nosotros somos seis, contando a Audric, y como no creo que vosotros seáis muchos más, se me ocurre que si queréis ese dinero..., que aún no tenemos, vengáis a buscarlo. ¿Qué dices a eso?

—Te digo —sonrió despectivamente Barton— que ya no sois seis, pues el tipo que se os escapó se ha cargado a dos en el establo...

—¡Lo ha hecho! —exclamó Vincent Betjeman—. ¡Lo sabía!

—¿Quién es este viejo? —Gruñó Barton.

—No es cosa tuya...

—¡Ni de nadie! —gritó Audric—. ¡Eche a este hombre fuera de aquí, Kenna! ¡No haré tratos con nadie que no haya sido incluido desde el principio en mis propios planes! ¡Échelo, o mátelo...! ¡Mejor, mátelo!

—La idea es aceptable —sonrió Kenna.

—Ten cuidado —palideció Barton—. Ten cuidado, Kenna. Afuera están Turner y los demás, y hemos traído granadas de mano. Podemos haceros pedazos en medio minuto.

—¿Eso piensas?

—Lo pienso. Dime qué respuesta debo llevarle a Bob.

—Bien... Dile a Robert Turner... No. No vas a irle con ningún cuento. Escucha, Barton: en primer lugar, ese dinero no está aquí. En segundo lugar, no es mío, sino de este hombre, para el cual me comprometí a hacer un trabajo, pues me llegó... recomendado. Y vosotros me conocéis bien: cuando me comprometo, cumplo mi parte. Desde luego, no seréis vosotros quienes me hagáis cambiar de sistema. Y en tercer lugar, no podrás decirle nada a Bob Turner... Yo mismo le daré la respuesta.

La pistola apareció en su mano, y Barton lanzó una exclamación, retrocediendo un paso...

Plop... Plop...

Con un agudo chillido, Barton saltó hacia atrás, golpeándose de cabeza contra la puerta, donde rebotó fuertemente, para caer de bruces ante los pies de Bernard Kenna, que lo estuvo contemplando unos segundos, sin hacer caso de los sollozos de Julie y de la pelirroja Katie Epton.

Por fin, lo asió por los sobacos y lo mantuvo en pie, con la cabeza colgando hacia un lado, de un modo trágico, espeluznante. Los ojos de Barton aún estaban abiertos, desorbitados.

—Abre la puerta, Wise. Con cuidado.

Wise obedeció, apartándose en seguida, quedando tras la madera. Bernard Kenna llevó hasta allá el cadáver de Barton, tomó impulso, y gritó:

—¡Ahí va mi respuesta, Turner!

Y en seguida empujó fuertemente el cadáver hacia el porche, con vigoroso impulso. La salida de Barton fue fantasmal, grotesca... Sólo estuvo un segundo a la luz, porque en seguida Wise cerró la puerta con seco empujón.

—Todos ustedes están locos —musitó Vincent Betjeman—. Si es cierto que esa gente de afuera tiene granadas de mano nos van a destrozarnos a todos. Audric, tienes que...

—¿Qué le pasa? —rió Audric—. ¿Tiene miedo? Bernard Kenna miró torvamente al ex presidiario un instante, pero dedicó en el acto toda su atención al *intocable*.

—¿Qué iba usted a decir? —inquirió.

—Hagan un trato con esa gente. Kenna, usted no está loco. Es un inteligente bandido moderno, sabe lo que le espera... Podemos encontrar

una solución. Está claro que tiene una rivalidad con el tal Robert Turner, pero sería estúpido matarse entre ustedes habiendo de por medio tanto dinero... ¿No le parece?

—¿Qué solución se le ocurre a usted?

—¡El no tiene que dar ninguna solución! —estalló Audric—. ¡El que da soluciones y órdenes aquí soy yo! ¡Y usted, Kenna...!

—Si no se calla, Audric, voy a olvidar mi compromiso con la persona que le recomendó, y le partiré la cabeza. Estamos metidos en un lío, ¿no se da cuenta?

—¡Por su culpa! ¡Por culpa de uno de sus hombres, de ese maldito Deel! ¡Se dejó atrapar, y ahora...!

—Audric, hace tiempo que Turner y yo andamos a la gresca en busca de una solución a nuestra rivalidad. Nos vigilamos mutuamente. Pero ahora las cosas no se hacen como en los años treinta, tiene que entender esto. Cuando es necesario, nos peleamos, pero procuramos hacerlo con cierta... elegancia, sin armar demasiado escándalo. Ya ve: a Deel lo han matado con un coche. En sus tiempos lo habrían acribillado con media docena de metralletas. Esto es algo que el señor Betjeman ha comprendido, y quiero que él exponga su solución. Repartir el dinero no puede ser, ya que no existe aquí, en efectivo, tal dinero... ¿Cuál es su solución, señor Betjeman?

—Tenemos con nosotros al señor Pilkington —murmuró el viejo *intocable*—. El tiene mucho dinero, y estoy seguro de que no le importará perder un poco para salvar la vida de la señorita Epton. ¿Me equivoco, señor Pilkington?

—No... No se equivoca.

—Bien. Llame a Turner, Kenna. Dígale que podemos hacer un trato con el. El señor Pilkington se comprometerá a...

Los cristales de la ventana saltaron de pronto como arrancados por un vendaval, y varias balas pasaron restallando secamente por entre los reunidos en el *living-hall* de la casa.

—¡Al suelo! —gritó Kenna.

Excepto Betjeman, que continuó sentado en el sillón, y Baylin, que permanecía en el sofá, recuperando lentamente el conocimiento, los demás se tiraron de bruces al suelo, mientras otra andanada de balas acababa de arrancar los cristales y entraban en la casa, clavándose en la pared del fondo unas, rebotando otras peligrosamente...

Bernard Kenna hizo una seña a Wise, que se deslizó hacia Baylin y lo sacudió, acabando de despertarlo.

—¡Baylin, toma tu pistola! —gritó Wise—. ¡Turner y los suyos están ahí fuera, atacándonos! ¡Tienes que ayudar!

Baylin quedó con la pistola en la mano, mirando desconcertado a todos lados. Quiso decir algo, y entonces lanzó un aullido de dolor, mientras su

mandíbula rota se estremeció. Pareció a punto de desmayarse otra vez, pero con un esfuerzo se sobrepuso, consiguió mantenerse lúcido...

—Kenna... —dijo Betjeman—. No repliquen a esos disparos. Llame a Turner y dígame que le darán setecientos cincuenta mil dólares. El señor Pilkington lo hará. No sólo por su vida, sino por la de su novia y por la de mi nieta... ¡Llame a Turner!

Kenna miró a Pilkington.

—¿De verdad daría ese dinero, Pilkington?

—Desde luego.

—Bien. Veamos si Turner está dispuesto a escucharme después de enviarle a Barton muerto... Creo que perdí los estribos antes, pero estoy tan harto de Turner, que... Ya le ajustaré las cuentas en otra ocasión.

Para sobresalto de todos, una gran llamarada roja brotó ante la casa, con seco estallido. Pero la explosión se produjo a no menos de sesenta pies, de modo que los efectos respecto a los sitiados fueron prácticamente nulos. Y de pronto dejaron de disparar contra la casa. Ya no se oía el repiqueteo de las balas en las paredes y la puerta. Kenna se colocó junto a la ventana, perplejo, viendo afuera los alargados fogonazos rojizos de numerosos disparos silenciosos; pero ninguno iba ya dirigido hacia la casa.

—No comprendo esto... Algo está pasando ahí fuera que tampoco estaba en el programa. Es como... si estuviésemos recibiendo ayuda. Estoy seguro de que Turner y los suyos están peleando con alguien ahí fuera... ¡Allá van dos, corriendo hacia el corral...!

CAPITULO X

LOS dos hombres cruzaron corriendo la explanada, pistola en mano, quedando visibles durante unos segundos a la luz de orientación de la fachada del establo. Por detrás de ellos se vieron las cárdenas pinceladas de los disparos, pero no fueron alcanzados por ninguna bala.

Los dos entraron en el establo a toda prisa, vieron a su izquierda el montón de paja y se dejaron caer en ella, revolviéndose, apuntando con sus armas hacia la entrada. Estaban agitados, jadeantes, muy abiertos los ojos. Pero, básicamente, se sentían desconcertados y furiosos...

—Amiguitos —dijo una voz tras ellos—, será mejor que dejen caer sus pistolas. ¡Sin volverse!

Tras el estremecimiento de sorpresa y sobresalto, los dos hombres quedaron inmóviles, orientados hacia la doble puerta. Pareció que no fueran a decidirse, pero, al fin, dejaron caer sus pistolas sobre la paja.

—Perfecto, señores... Ahora, incorpórense y caminen alejándose de las armas. Así... Perfecto. Ya no hay inconveniente en que se vuelvan. Pero mantengan las manos en alto y no se muevan ni para respirar.

Sacó el radio de bolsillo, apretó el botón y en el acto se oyó la voz del mismo hombre de antes, excitada, crispada:

—¡Del! ¡Dos de éstos...!

—Tranquilo, compañero. Ese asunto está solucionado.

—¿Los has matado?

—No ha sido necesario. ¿Cómo están las cosas ahí fuera?

—Hemos matado a dos y tenemos vivos a tres. No pudimos evitar que lanzasen una granada hacia la casa, Del..., pero no llegó.

—Lo sé. ¿Y vosotros?

—Nos lanzaron dos granadas, pero ya lo esperábamos después de saber que disponían de esos artefactos, y nos protegimos bien. A Dan le han herido en una pierna. Eso es todo.

—Bien. No es mal balance. Oye, venid a haceros cargo de éstos. Yo tengo que ir a la casa.

—Vamos inmediatamente.

Delbert cerró el radio, lo guardó, y se quedó mirando a los dos hombres, con una sonrisa hipócrita, plena de dureza.

—Tengo la impresión, amiguitos, de que mis compañeros y yo estamos matando un montón de pájaros de un solo tiro. Caminen hacia la puerta.

Los dos hombres comenzaron a volverse, y Delbert dio el primer paso hacia delante, quizá un tanto confiado, no en sí mismo, sino en la cordura que debía esperarse de sus prisioneros. Mas, evidentemente, la cordura de ellos no era excesiva, y en lugar de dirigirse hacia la puerta, tras empezar a volverse, se giraron rápidamente hacia Kilgore y saltaron hacia él, gritando

con furia. Kilgore apretó el gatillo, y el más adelantado lanzó un aullido, giró sobre sí mismo en posición vertical un par de veces y fue a caer de bruces sobre el montón de paja..., mientras el otro chocaba contra él, abrazándolo, derribándolo impetuosamente.

Delbert dio la vuelta a toda prisa, haciendo caso omiso de la presa que su antagonista había hecho en su mano armada, apartándola, protegiéndose de un posible disparo. Le clavó una rodilla en un costado y acto seguido, todavía temblando el aullido en los labios del hombre, le golpeó con la mano izquierda, de canto, justo debajo de la barbilla, llegando a la garganta. Su enemigo emitió un fuerte ronquido y se relajó completamente. Sin perder un instante, Delbert saltó de encima del hombre, rodando por el pasillo...

Justo a tiempo.

El otro había conseguido recuperar una de las pistolas, y de rodillas en la paja, colgante su ensangrentado brazo derecho, acababa de disparar con la mano izquierda contra Delbert, que salió de la trayectoria de la bala una fracción de segundo antes de que ésta silbase por donde él había estado. Aún estaba Kilgore girando, pero preparándose ya para disparar en la siguiente vuelta, cuando en la puerta del establo resonó una detonación seca, poderosa, formidable.

¡Booumm!

El hombre que estaba a punto de disparar otra vez contra Delbert Kilgore pareció arrancado del montón de paja por un violentísimo huracán que lo tiró más dentro del montón, hacia la pared, poniéndolo de pie, haciéndolo abrir brazos y piernas... Igual que una muñeca lanzada contra la pared por unos niños.

Delbert se puso primero de rodillas y luego de pie, mirando hacia la puerta, donde, por detrás del cazador que empuñaba su formidable escopeta de dos cañones, aparecían más hombres y otro cazador.

—Parece que he llegado a tiempo —comentó el que había disparado los dos cañones de su escopeta a la vez.

—Igual lo habría vencido —aseguró Kilgore.

—Vaya... No eres muy agradecido, ¿verdad?

—¿Estás bien, Del? —preguntó el otro, acercándose.

—Sí, estoy bien.

—Hola, Del —saludó otro de los recién llegados, con ropa de calle, normal.

—Hola, Pete.

—Hola, Del...

—Hola... Hola...

Tres hombres más entraron en el establo, uniéndose al primero, dispuestos a recoger los cadáveres que había allí dentro. Los dos cazadores se quedaron delante de Kilgore, mirándolo ceñudamente.

—¿Qué te ha pasado en la cara y en la mano? Estás sangrando.

—Pequeños contratiempos, Dave. ¿Y el jefe?

—Con los prisioneros y con el cascarrabias. ¿Dónde estabas cuando entramos en la casa?

—Me tenían en la cocina, con las manos atadas a la espalda y apuntándome con una pistola.

—Algo así me pensé, de modo que di la voz de alarma, y el jefe y los demás tomaron las posiciones avanzadas. Eso ha resultado muy conveniente a la hora de pelear con los que llegaron en último lugar. Bien... Habría que solucionar lo de la casa.

—Yo opino que él sólo no podrá hacerlo —dijo Conrad.

—¿Por qué no? —Frunció el ceño Kilgore.

—Oh, no es que desconfíe de tus recursos, Del... Pero esos tipos tienen ventaja sobre ti. Si te amenazan con matar a una de las chicas... Por cierto, la pelirroja es preciosa, ¿no? Y la otra es un bombón.

—Déjate de tonterías ahora, Conrad —masculló David—. ¿Qué le digo al jefe, Del?

—Yo iré ahora a la casa. Esperaréis cinco minutos, y entonces...

—¿QUE están esperando? —musitó Kenna—. Ya no se oye nada, ni se ve a nadie, ni hay disparos... —Yo puedo darle una explicación a eso, Kenna— dijo Betjeman.

—¿Usted? ¿Qué sabe de todo esto?

—Nada. Es sólo una teoría.

—Una teoría, ¿eh? —sonrió irónicamente Kenna—. Bueno, no perdemos nada escuchándola. Quizá nos ayude a aclarar la situación. Hay que marcharse de aquí cuanto antes, pues después del ruido que ha hecho esa granada... ¿Qué teoría es ésta?

—El F. B. I. está ahí fuera.

—No me diga —amplió su sonrisa Kenna.

—¿De verdad cree que los engañaron, Kenna? Estaban vigilando a Audric, un hombre que sabía dónde había millón y medio de dólares que fueron robados al First National Bank hace treinta años. ¿Cree de verdad que los del F. B. I. se dejaron engañar?

—Mis hombres se hicieron cargo de Audric —musitó Kenna—. Y sé que lo hicieron bien.

—Yo digo que no. Pero, aun suponiendo que consiguieran burlar a uno o dos agentes, todos sabían que, con seguridad, Charles Audric vendría aquí, a vengarse. Y montaron el cerco aquí.

—Eso es una tontería —refunfuñó Audric—. Una tontería.

—¿Por qué? ¿No fuiste tú mismo quien aseguró que al salir me matarías?

—¡Pero eso fue hace treinta años!

—¿Y qué? ¿Lo has olvidado tú, Audric?

—No.

—Entonces..., ¿por qué supones que sí lo había olvidado el F. B. I.?

—Eso no puede ser —jadeó Audric—. Significaría que me han estado esperando, sabiendo lo que yo pensaba, que todavía querría el dinero... No, no... ¡Imposible! Sé que son muy listos, pero...

—¡Audric! —Oyeron de pronto la voz en el exterior—. ¡Charles Audric!

Los ocupantes de la casa quedaron en silencio, mirándose unos a otros. De pronto, Kenna fue hacia la ventana, colocándose prudentemente a cubierto en un lado.

—¿Qué quieren? —gritó.

—¡Les está hablando el F. B. I.! ¡Salgan todos con las manos en alto! ¡Están rodeados!

Kenna volvió vivamente el rostro hacia Vincent Betjeman, cuyo arrugado rostro permanecía impassible.

—Lo sabía... ¡Usted lo sabía! —jadeó—. ¡Han liquidado a Turner y a

los suyos! ¡Ya no podremos hacer ningún trato, ya no tenemos más solución que rendirnos... o morir!

—No lo sabía, Kenna —murmuró el anciano—. Pero así tenía que ser. Cuando Audric dijo que había burlado la vigilancia del F. B. I., le advertí que era un iluso, que debían estar empleando un medio más sutil. Sé cómo piensan —sonrió de pronto, tocándose la frente con un dedo—. Habrán cambiado en el aspecto técnico, pero en poca cosa más. Aún está a tiempo, Kenna: entréguese.

—Nadie se va a entregar aquí —jadeó Audric—. ¡Nadie va a entregarse, ni nadie hará nada diferente a lo que yo planeé!

—¡Lo que usted planeó...! —Gruñó despectivamente Kenna—. Me pregunto por qué acepté trabajar para un viejo loco...

—¡Audric! —Volvió a oírse afuera la misma voz—. ¡Estamos esperando una respuesta!

—¡Están mintiendo! —gritó Audric—. ¡No son el F. B. I., son los de Robert Turner! ¡Podemos salir por la parte de atrás, marcharnos, y...!

Baylin, que se estaba incorporando en el sofá, lanzó de pronto un alarido de rabiosa incredulidad, y alzó rápidamente la mano que sostenía la pistola, moviéndola hacia el pasillo que llevaba a la cocina...

Plop.

El pistolero lanzó un gemido y volvió a caer de espaldas en el sofá, inerte, con los ojos abiertos, como si quisieran contemplar el negro y diminuto orificio que acababa de aparecer en su frente. Todos se volvieron hacia el pasillo, donde había sonado el chasquido del silencioso disparo, pero no vieron a nadie. Sin embargo, inmediatamente llegó hasta ellos la conocida voz de Delbert Kilgore:

—Siga los consejos del señor Betjeman, Kenna: entréguese. No hay mentira en esto: el F. B. I. los tiene rodeados.

Bernard Kenna cambió una mirada con el último hombre que le quedaba, Wise, el cual se estaba pasando la lengua por los labios.

—¿Qué opinas, Wise? —musitó.

—Sería absurdo hacernos matar también —musitó Wise.

—De acuerdo. Salgamos.

—Eso está bien decidido, Kenna —volvieron a oír a Kilgore, pero sin verlo aún—. Dejen caer las armas y salgan con las manos bien altas. Así de simple.

—Está bien.

Kenna y Wise tiraron las armas al suelo y fueron hacia la puerta, mientras tras ellos, cuatro personas apenas podían contener un suspiro de alivio. Pero la quinta persona presente en el saloncito no se mostró de acuerdo con aquella solución, que, en definitiva, arruinaba todos los proyectos que había estado tramando durante treinta años...

Con un rugido de rabia, Charles Audric se abalanzó hacia las dos

pistolas caídas en el suelo, tomó una de ellas y se incorporó, desorbitados los ojos, temblando...

—¡Nadie se entregará! —aulló.

Plop... Plop... Plop... Plop...

Wise y Kenna recibieron cada uno dos balas en la espalda, que los empujaron contra la puerta cuando el primero estaba a punto de abrirla. Todavía estaban cayendo los dos hombres al suelo cuando Charles Audric se colocaba rápidamente detrás de Julie Betjeman, asiéndola de los cabellos, como horas antes hiciera Wilder. La pistola quedó apretada en la nuca de la muchacha.

Y Delbert Kilgore, que había aparecido velozmente en el *living-hall*, muy pálido, se detuvo en seco al contemplar la escena. Charles Audric, de pronto, soltó una risita.

—Ah... Mi amigo el abogado... Deje caer la pistola.

Kilgore obedeció, suspirando profundamente.

—Audric, no sea loco. Todavía...

—¿Loco? ¡Sería un loco si me entregase! ¡No sólo he matado a dos hombres ahora, sino que, aunque no lo hubiera hecho, sé que me meterían en la cárcel para el resto de mi vida!

—Aún se puede buscar una solución, un arreglo...

—¿Qué arreglo? ¿Cadena perpetua? No, gracias... Todo me ha salido mal, pero, al menos, dejaré satisfecha mi venganza. Y lo voy a hacer tal como había proyectado: primero, mataré a la chica, delante de Betjeman. Luego lo mataré a él... ¡Y a usted! ¡A todos!

—De acuerdo... —aceptó tranquilamente Kilgore—. Mátenos a todos. Pero... le creí más listo, Audric.

—¿Por qué dice eso?

—Si yo tuviera la situación tan bien dominada como usted, me escaparía.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Usted tiene a Julie, ¿no es cierto? Tan sólo que alguien mueva un dedo en su contra, puede, matarla. Y le aseguro que ningún agente del F. B. I. se arriesgaría a eso. Puede salir con ella, y subir al coche de Julie. Ella sabe conducirlo, naturalmente. Pueden escapar los dos... Nadie moverá un dedo para impedirlo. ¡Aún tiene una solución, Audric! La avioneta... ¿Recuerda?

—Sí... ¡Sí!

—Le están esperando... donde usted sabe, ¿no es así?

—¡Sí!

—Sólo tiene que salir de aquí con Julie. No aparte esa pistola de su cabeza, ¿comprende? Nadie le atacará. Suban al coche, dígame a ella que lo lleve adonde usted sabe... Una vez allí, la deja marchar, y usted escapa en la avioneta... Eso es lo que haría yo en su lugar, Audric, se lo aseguro.

Charles Audric parpadeó. Julie miraba horrorizada a Kilgore, muda de espanto, de miedo infinito. Pilkington y su novia parecían no creer lo que estaban oyendo. Y Vincent Betjeman permanecía impávido, sin la menor alteración o emoción en su rostro surcado de arrugas.

—¿Y bien, Audric? No vacile... Mire, si mata a alguno de los que estamos aquí, todo se echará a rodar, todo se perderá para usted. Ha matado a dos tipos que no valían nada, dos canallas. La Ley puede ser benévola con usted si alguna vez consiguieran atraparle. Pero no haga daño a ninguno de los que están aquí. Simplemente, salga con la chica. Yo puedo avisar a los del F. B. I. por la ventana. ¿De acuerdo?

Audric dejó de mirar a Kilgore para fijar una astuta, brillante mirada en el viejo *intocable*.

—Betjeman..., ¿puede caminar?

—Poco y mal... —susurró el anciano—. Pero me las arreglo cuando es necesario.

—¿Podrá llegar al coche de su nieta?

—Sí.

—Pues en marcha. Nos iremos los tres.

—Audric, usted se está complicando la vida... —dijo Kilgore—. ¿Por qué dos rehenes? Basta con uno.

—¡Los quiero a los dos!

—Bien... ¿Los dejará marchar después?

—Sí... —sonrió Audric—. Sí, los dejaré marchar, desde luego. Claro, claro...

—Bien... —Kilgore se pasó la lengua por los labios—. Voy a avisar a los del F. B. I. de lo que usted quiere. Todo le va a salir bien, ya verá. Sobre todo, no se ponga nervioso, ¿comprende? Salga muy tranquilo. Si le ven nervioso, puede que intenten algo... Tranquilo, Audric. Todo va bien, muy bien... —Se asomó a la ventana y agitó los brazos—. ¡Eh, los del F. B. I.! ¡Charles Audric va a salir, con la nieta de Betjeman como rehén! ¡Déjenlos marchar! ¿Me han oído?

—¡Sí! ¡Que salgan!

Kilgore se volvió y sonrió casi amistosamente a Audric.

—Todo listo. Ayudaré al señor Betjeman a llegar hasta la puerta... ¿Está bien?

Charles Audric miraba de uno a otro, moviendo los ojos muy rápidamente, como un monito desconfiado.

—Sí, está bien. Ayúdalo.

Delbert tomó de una mano al anciano y le ayudó a ponerse en pie, acompañándolo luego hasta la puerta, que abrió mientras miraba hacia Audric y Julie, la cual continuaba asida por los cabellos, y con la punta del silenciador presionando en su nuca.

—El coche está delante de la casa... —dijo Kilgore—. Nadie le

molestará, Audric. Pero no haga tonterías, ¿comprende? Y luego déjelos volver aquí. Es lo mejor para usted.

—Sí, sí... Los dejaré volver, claro... Salga, Betjeman. Usted, Kilgore, vuelva adentro.

—De acuerdo. Adiós, Audric. Hasta luego, señor Betjeman, Julie... No molesten a Audric y todo acabará bien.

El primero en salir al porche, tambaleándose, fue Vincent Betjeman, muy despacio. Kilgore ya no quiso ver más, y fue hacia el fondo de la estancia. Pilkington se unió a él, mientras, sentada en un sillón, la señorita Epton rompía por fin a llorar, de un modo natural, sin histerismos, con fuerza, copiosamente...

—Señor Kilgore, usted... puede matar a ese hombre ahora que le vuelve la espalda... Es un asesino, no dejará marchar a esas personas... Si usted no le mata, él los matará a los dos.

Kilgore miró casi compasivamente a Pilkington, aunque con cierta simpatía. Sin contestar, sacó su radio de bolsillo y la accionó.

—¡Dime, Del! —Se oyó en seguida.

—Supongo que no necesitáis que os recomiende calma, Conrad.

—No. Los estamos viendo, pero no haremos nada.

—Bien. Le he puesto en la mano a Vincent Betjeman un *magicear*. Pon en marcha uno de los receptores de señales y avisa a Jonathan, que prepare su rifle. Va a tener que demostrar, a lo vivo y en serio, que es el mejor de nosotros disparando con rifle. Fíjate bien, Conrad: los vais a dejar marchar y, con el receptor de señales en marcha, los seguiréis en un coche. Audric va adonde le espera la avioneta. Vais a esperar que llegue allí, porque no hará nada hasta que se encuentre en lugar que él considere seguro. Para salir del coche, tendrán que hacerlo por separado, y, además, Audric se considerará a salvo. Tenéis que llegar casi pegados a ellos, y esperar el momento... Existirá ese momento, Conrad. Y cuando Audric se separe de la muchacha o del *intocable*, que Jonathan dispare. ¿Alguna duda?

—Hombre, claro que no...

—Bien. Dile a Jonathan que afine la puntería. Si falla, sólo por media pulgada, la chica morirá. Lo último que haría Audric al verse atacado sería apretar el gatillo de esa pistola. Y sabemos que puede apretarlo, aunque sólo sea en el último movimiento reflejo, en la crispación de nervios o músculos. No podemos disparar hasta que aparte la pistola de la nuca de Julie Betjeman...

—Sí, hombre, sí... Ya sé todo eso.

—Es todo —musitó Delbert.

Guardó la radio, miró un instante a Pilkington, que le contemplaba estupefacto, y se acercó a la ventana.

CAPITULO XII

SUJETANDOSE a los postes del porche, Vincent Betjeman consiguió bajar el par de escalones, siempre por delante de su nieta y de Audric. El farolillo del porche permanecía intacto, pese a las primeras andanadas de balas que antes se habían disparado contra la casa, y a su luz un tanto azulada, muy agradable y sedante, los cuerpos parecían poco más que sombras. Charles Audric continuaba sujetando a Julie por los cabellos, apretando la pistola con tal fuerza que estaba rasgando el cuero cabelludo de la muchacha.

—Usted irá atrás, Betjeman... —susurró Audric—. Pase ya al asiento.

Siempre cojeando penosamente, el anciano se acercó al coche descapotable, abrió la portezuela y se volvió de espaldas al vehículo, dispuesto a sentarse en la punta del asiento, y luego girar, para entrar... Pero aún no había iniciado el movimiento, cuando una voz, cascada, chirriante, llegó hasta los tres:

—Audric... —llamó—. Quiero acercarme.

—¿Quién es? —chilló Audric—. ¡Si alguien se acerca...!

—Quiero proponerte un trato, Audric: mi vida por la de la muchacha. Déjala marchar.

La figura de un hombre apareció, lentamente, a la luz, mientras Charles Audric se colocaba de espaldas al coche, siempre sujetando a Julie. Un hombre alto, pero encorvado, ayudándose con un bastón para caminar. Un hombre tan viejo como Vincent Betjeman, igualmente arrugado, en el declive de la vida. Llegó caminando penosamente y, cuando se detuvo, quedó tambaleante, como si fuera a perder el equilibrio de un momento a otro. Se quitó el sombrero y se quedó mirando a Charles Audric, fijamente, relucientes sus ojos a la luz azulada del farolillo del porche.

—¿Quién es usted? —murmuró Audric.

El anciano desvió la mirada hacia Betjeman, y una débil sonrisa apareció en sus secos labios.

—Hola, Vincent —saludó.

—Hola, Clinton... —Tembló la voz del *intocable*—. Hacía casi veinte años que no nos veíamos.

—Sí... Cosas de la vida. Hemos sido un poco tontos. Somos los dos últimos *intocables* que quedan, y hemos estado viviendo lejos uno de otro.

—Pero siempre hemos sido buenos amigos —sonrió Betjeman.

—Sí... Es cierto. Bien, Audric: ¿qué contestas a mí...?

—Clinton Collier... —exclamó de pronto Audric—. ¡Clinton Collier, el último componente del grupo que me cazó hace treinta años...!

—En efecto, Audric. He hecho un largo viaje desde California solo para verte, y para hablarte. Deja marchar a la muchacha. Esto no es asunto de

ella, sino de... nosotros tres: tuyo, y de *Los Intocables*. Pero, por encima de todo, es asunto de *Los Intocables*. Déjala marchar, Audric: ella no tiene culpa de nada. Sé que piensas matarla, a ella y a Vincent. Pues bien: te cambio mi vida por la de la chica. Es un buen negocio para ti, Audric.

Charles Audric se echó a reír, crispado, excitado.

—¡No puedo creerlo! Pensaba ir algún día a California, a matarle, Collier, pero..., ¡esto es formidable! No le odio tanto como a Betjeman, pero también quería matarle... ¡Y usted viene a ponerse en mis manos! ¡Suba también al coche!

—De acuerdo... Pero deja marchar a...

—¡No voy a dejar marchar a nadie!

—Siempre fuiste un puerco de poca monta, Audric —chirrió la cascada voz de Clinton Collier—. Si tuviera la menor oportunidad, te mataría con este bastón. ¡Ojalá fuese una pistola!

—¡Pero no lo es! —rió agudamente Audric—. ¡Suba al coche! ¡Ya verá cómo muy pronto resolvemos este viejo asunto de *Los Intocables*! Sólo que a mi favor, claro... Espere... Usted primero, jovencita... Entre por esta puerta y muévase muy despacio hacia el volante. Yo entraré detrás. Luego, ustedes dos, en ese asiento. Y si algo me molesta, mataré a la chica, entiéndalo bien... ¡Vamos, entre!

Empujó a Julie con la pistola, en la nuca, y la muchacha se venció hacia delante, hacia dentro del coche, quedando separada del arma. Inmediatamente el viejo Betjeman se abalanzó contra Audric, sujetándose desesperadamente a su mano armada, arrastrándolo con él hacia el suelo, mientras gritaba:

—¡Dispara, Clint, dispara...!

Charles Audric lanzó un alarido de rabia cuando cayó al suelo con Betjeman y se desasíó de las manos del *intocable* con un tirón torpe, débil... Fue una escena penosa, triste... y asombrosa. Una escena de lucha a muerte entre personas que ya sentían sus huesos como si fuesen de plomo, y hasta habían olvidado qué es un músculo... Vincent Betjeman rodó hacia debajo del coche y Charles Audric, más joven que él en definitiva, se recuperó antes, comenzando a ponerse en pie, alzando la pistola...

¡Pack!

El disparo retumbó fuertemente en la noche y la escena quedó iluminada, durante una fracción de segundo, por una rojiza llamarada larga... Charles Audric, todavía de rodillas, lanzó un aullido espantoso y saltó hacia atrás, poniéndose en pie y girando luego hacia su espalda, como si ésta fuera de goma; todavía dio una vuelta en el aire, antes de caer como un juguete roto en el suelo, de cara al cielo, abiertos los brazos y las piernas.

—¡Abuelo! —gritó Julie.

Acabó de salir del coche y se arrodilló junto al anciano, que parecía incapaz de moverse, crispado el rostro en una mueca de dolor. Ya se oían gritos, voces, ruido de pasos veloces... El primero en llegar junto a Betjeman fue Delbert Kilgore, que se arrodilló a su lado, ayudándole a incorporarse, con todo cuidado.

—¿Está bien, señor Betjeman? —jadeó.

—Sí... Sí, estoy bien, pero... me duele todo el cuerpo...

—Lo llevaremos a la casa ahora. Ayúdeme, Julie.

La muchacha había roto a llorar, de pronto, pero ayudó a Kilgore a poner en pie a su abuelo, de modo que los dos *intocables* quedaron frente a frente. Clinton Collier, en actitud un poco más firme que cuando se había acercado antes con el bastón, sostenía éste todavía en posición horizontal, con la punta apuntando hacia donde había estado Audric unos segundos antes... De la punta del bastón brotaba todavía una fina columna de blanco humo acre, irritante.

—Je, je —rió Betjeman.

—Je, je, je... —rió Clinton Collier—. Me entendiste, ¿verdad?

—Claro... Je, je, je... E-ra-se-u-na-vez-un-viejo-bas-tón...

—Que-ser-vía-para-ca-minar... —continuó la canción Collier.

—Pa-r a-pasear...

—Pa-ra-bai-lar...

—Y-pa-ra-ma-tar...

—Je, je...

Los dos ancianos se echaron a reír, ante el asombro de los *G-men* que habían acudido desde varios puntos. David, con su gorra de cazador bien encasquetada, se colocó junto a Kilgore.

—Audric está muerto —dijo.

—Es lo mejor que podía ocurrirle... —Gruñó Kilgore, mirando ceñudamente a Clinton Collier—. Supongo que te sientes muy satisfecho, ¿verdad?

—Más que tú, jovencito... —replicó Clinton Collier—. No me vengas con cuentos, ¿estamos? Ya sé que tenías algo planeado, eso es lógico, pero yo tampoco lo he hecho tan mal, y, como ha quedado aclarado, esto es asunto de *Los Intocables*. ¿Tú eres un *intocable*?

—¡Pero qué *intocable* ni qué demonios! —estalló Kilgore—. ¡Si hubieses fallado el disparo con esa antigualla, ahora estarías muerto, y también tu amigo, y quizá su nieta...! ¡Te dejé venir, removiste cielo y tierra para conseguir llegar hasta aquí, pero te advertí...!

—Oye, oye... ¿A quién le estás tu gritando? —refunfuñó Clinton Collier—. ¿Qué te parece, Vin? ¿Crees que ése es el respeto que se le debe a un abuelo?

—Ah... Es tu nieto, ¿eh? —murmuró Betjeman—. Bueno, hubo un momento en que me recordó tu cara de hace tantos años... Pero no podía

creerlo. ¿Y tu hijo?

—Está en San Francisco, de inspector-jefe de la Delegación de allá... — señaló a Kilgore—. Ese muchacho tonto, que salió hace apenas dos años de Quántico, está en la Delegación de San Diego. Dicen que es un buen *G-man*, pero..., ¡bah, bah, bah! ¡Donde haya un buen *intocable*...! Oye, Vin: ¿te acuerdas de «Orange» Forestier?

—Sí... Je, je...

Delbert Collier Kilgore soltó un bufido y miró a dos de sus compañeros del F. B. I., señalando a los ancianos.

—Ayudad a estos carcamales a entrar en la casa. Yo voy a terminar todo esto con el inspector Ambler... Ah, señor, está usted aquí...

—Ya hemos llamado por la radio, Collier... —dijo el inspector Ambler, jefe de la Delegación de New Haven—. Todo está en marcha.

—Bien... Gracias, señor. Le agradezco mucho que me permitiera tomar la iniciativa en este asunto. Comprendo que...

—Está bien, Collier, está bien. Lleva usted un mes conmigo, desde que Audric salió de la cárcel y vino hacia aquí, y le conozco lo suficiente para lamentar que no esté en mi Delegación.

—Podía haber hecho las cosas mejor —musitó Delbert.

—Es posible. Pero siempre hay que contar con los imponderables. Eran demasiados detalles para que usted pudiera atenderlos. Dadas las circunstancias, lo ha hecho muy bien. Así se lo diré a su jefe de San Diego. Francamente, cuando usted se presentó a mi diciéndome que Charles Audric había salido de la cárcel, y que su abuelo aseguraba que quería vengarse de Vincent Betjeman, me pareció una broma. Teníamos pensado vigilar a Audric, naturalmente, ya que ese millón y medio de dólares estaba en el archivo de «pendientes», pero no creíamos que Audric llegase tan lejos.

—Estaba loco, señor. Completamente perturbado, influenciado por...

—Hablando de influencias... —masculló Ambler—. Su abuelo las tiene en abundancia. Con sinceridad, no me gustó la orden que recibí de Washington respecto a permitirle estar con nosotros como «espectador». Y, además, le habíamos dicho de un modo tajante que ni soñase en intervenir, ni que...

—Bueno, señor... —sonrió Delbert—. Tenga en cuenta que son los últimos *intocables* y que tenían ese asunto pendiente. Desde luego, admito que mi abuelo se ha portado... como un niño, pero...

—¡Como un niño! —bufó Ambler— + ¡Querrá decir usted como un loco suicida! ¡Ha podido estropearlo todo!

—Bien... Verdaderamente...

—Y respecto al millón y medio de dólares del First National Bank..., ¿qué? ¿Tenemos ese dinero o no?

—Pues... creo que sí, señor. Vayamos a la casa. Le presentaré a Morris

Pilkington *junior*.

CAPITULO XIII

CUANDO entraron en la casa, los dos *intocables* estaban sentados en sendos sillones, frente a frente. Y, entre ellos, en una silla, Morris Pilkington, asintiendo con la cabeza. Julie y la señorita Epton permanecían de pie, con los ojos muy abiertos, escuchando la conversación de los tres hombres, todavía alteradas, como hipnotizadas por los sucesos que habían vivido en pocas horas. Los agentes del F. B. I. habían retirado ya los cadáveres de Wise, Kenna y Baylin al porche...

—Ah, inspector... —llamó Clinton Collier—. Hemos solucionado el asunto con el señor Pilkington. El está dispuesto a devolver al First National Bank todo cuanto éste considere que le corresponde después de estos treinta años. Sin embargo...

—Sin embargo, si no le importa —masculó Ambler—, yo me encargaré de este asunto. ¿De acuerdo?

—Ahora, sí —dijo muy seriamente Clinton Collier.

—Ahora, sí... —repitió Betjeman, en un susurro—. Nosotros... hemos terminado. Ya podemos morir tranquilos.

—¿Quién habla de morir? —protestó Collier—. Yo sólo tengo setenta y siete años, Vin. ¡Y nada de reuma! Es el clima de California... ¿Por qué no te vienes allá, conmigo? Siempre hay sol, pocos reumáticos, una hermosa tierra roja... Un buen clima, de veras.

—Pero a mí me gusta la granja...

—¡Yo tengo una pequeña hacienda allá, que me han regalado mis hijos y mis nietos! Oye, enviamos tus animales allá, por ferrocarril, y yo te ayudo a...

—Je, je... —rió Delbert—. ¡Vaya una ayuda!

—¿A ti quién te mete en esto? —replicó furiosamente su abuelo.

—Nadie. ¿Y a ti quién te metió en mis asuntos? ¿Eh? ¿Quién? Ah, señor Betjeman, respecto a su empleado, el joven Lyn Ullman, no le guarde rencor. Fui yo quien se puso en contacto con él ayer, cuando comprendimos que Charles Audric se proponía venir hacia aquí. Convencí al muchacho para que se despidiera, pero él volverá mañana mismo, si le parece bien.

—Sí... Está bien, Delbert. Aún estoy un poco confuso, y demasiado feliz para pensar con detenimiento.

—Un café bien cargado le sentaría estupendamente.

—Sí... ¡No! ¡Julie, trae la botella! ¡La mía! La muchacha fue al bar y trajo la vieja botella de *whisky*, que Clinton Collier se quedó mirando con ojos desorbitados.

—¿Aún la tienes? —exclamó.

—Ya ves... Me decía que no era digno de beberla hasta que

terminásemos nuestro asunto... ¿Puedes beber?

—Un poco... Muy poco.

—Vaya, Clint... Debemos convencernos de que nos hacemos viejos...

Sonriendo, Delbert se llevó a un lado a Pilkington, acompañados del inspector Ambler y de Katherine Epton.

—Señor Pilkington... —musitó el *G-man*—. No quiero parecerle brutal, pero... será mejor que se vaya haciendo a la idea de que todo cuanto dijo Charles Audric respecto a su padre era verdad.

—¿Qué será de la «Pilkington Enterprises»? —musitó Morris.

—Bien... No sé. Todo eso dará lugar a un largo juicio, quizá a muchos recursos legales, cuestiones morales. No podemos decirle cómo acabará eso, ya que no es asunto del F. B. I., en ese aspecto. Usted me ha parecido una persona honrada y...

—Afrontaré lo que sea... —dijo Pilkington, firmemente—. No importa lo que ocurra, yo lo afrontaré.

Ambler y Kilgore vieron cómo la pelirroja Epton apretaba la mano de su novio y cambiaron una sonriente mirada.

—Eso está bien, señor Pilkington. Como se suele decir, el dinero no lo es todo en la vida. Sobre todo, cuando tenemos una... mano amiga que nos da su apoyo, su calor... o su amor. Les deseamos mucha suerte a los dos, y lamentamos que se hayan visto mezclados en este asunto... de *Los Intocables*.

SE oyó el frenazo del coche afuera, y Clinton Collier y Vincent Betjeman dejaron de charlar, para mirar hacia la ventana, donde estaba Julie, mirando al exterior. Los dos viejos *intocables* cambiaron una mirada y un guiño.

—¿El él? —preguntó Betjeman.

—Sí... Sí, es Delbert —murmuró la muchacha.

—Ah, qué bien. Bueno..., ¿por qué no le abres la puerta?

Julie obedeció la indicación y Delbert apareció en seguida, con aspecto fatigado, pero sonriente.

—Bien... —exclamó—. He terminado todo mi trabajo en New Haven. Todos los informes están listos. Mañana regreso a San Diego.

—Buen viaje —dijo Collier.

—¿Buen viaje? ¿Acaso no regresas conmigo, abuelo?

—Pues no, señor, me quedo aquí unos días, hasta que Vin acabe de arreglar sus asuntos y se venga conmigo. ¿Pasa algo?

—¿Quieres un trago de buen *whisky*, Delbert? —ofreció Vincent.

—¿Del bueno? ¿Del suyo?

—Claro. Coge tú mismo la botella.

Delbert fue al bar, sacó la vieja botella de *whisky* y la estuvo mirando unos segundos, pensativo.

—No... —dijo al fin—. Apuesto a que es un obsequio de alguien que quiso demostrar su admiración por *Los Intocables*. Esta botella es para ustedes, es... asunto de *Los Intocables*. Y no admito discusiones sobre ese punto. Sin embargo, tomaría un café recién hecho, bien cargado y sin azúcar ahora mismo. ¿Hay café hecho?

—Sí... —dijo Julie—. Iré a la cocina a buscarlo...

—Oh, yo también voy allá... —carraspeó Delbert—. Tengo que... que lavarme las manos, sí. Ya vuelvo.

—Sí, sí... —dijo Betjeman—. Tranquilo. No hay prisa.

Julie y Delbert desaparecieron por el pasillo y los dos ancianos cambiaron una mirada maliciosa.

—En nuestros tiempos —dijo Collier—, el carmín era muy comprometedor, porque cuando besabas a una chica, siempre te manchabas, y lo extendías por su barbilla... ¿Qué clase de carmín usa tu nieta?

—Creo que lo llaman indeleble. Pero eso ya no es asunto nuestro, Clint... Je, je, je...

—Je, je, je... ¡Je, je, je...!

Federal Bureau of Investigation

La agencia más importante del mundo contra el crimen y el espionaje



Las formidables aventuras de los más escogidos agentes en su lucha contra las organizaciones de hombres cuya misión es violar la Ley y destruir la humanidad.

De aparición semanal

Lo encontraréis en todos los puestos de venta.

Precio: 15 Ptas.